



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 37

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs.... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.

Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs.... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Librería de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. — Guarnicion de guipur para trages de Otoño. — Cubre-maceta. — Dos cuadros á punto ruso. — Centro de un velo de butaca de frivolité. — Dibujo para tapete de mesa. — Cinco modelos de sombreros. — Dos cófias. — Trage de tafetan negro. — Zagalejo de cachemira. — Trage de pelo de cabra maiz. — Felipe. — Amor y desventura ó el pintor del gran duque de Alba. — El amor. — Su recuerdo. — Los vecinos de Darlingen. — Teatros. — Figurin iluminado. — Problemas de ajedrez.

Guarnicion de guipur sobre red para trages de Otoño.

Este trage está hecho de popelina violeta; la guarnicion se compone de cuadros de diferentes dimensiones hechos con seda negra en guipur sobre red; se puede tambien, por economía, emplear filadiz en lugar de seda, pero la labor no será tan bella.

Para ejecutar uno de los cuadritos cuyo dibujo publicamos, se hacen 7 mallas sobre un molde de un centímetro y cuarto de circunferencia; cada cuadro tiene 7 mallas en todos sentidos. Este fondo se borda á punto de zurcido y á punto de esprit, se adorna con ruedas pequeñas, y finalmente se festonea por su contorno. Estos cuadritos están destinados á guarnecer las mangas y las faltriqueras, los del borde inferior tienen algunas mallas mas; unos y otros se disponen siguiendo las indicaciones del dibujo.

Cubre-maceta.

MATERIALES.—Hule color castaño; carion; cañutillos grandes de vidrio blanco, otros verdes; cañutillos mayores blancos; hilo grueso blanco; alambre.

Un pedazo de carton, del tamaño suficiente para forrar una maceta de flores, se cubre con hule color castaño, que se adorna por su parte exterior con un enrejado hecho con cañutillos largos blancos y con otros verdes mas cortos. Estos cañutillos deben ser mas cortos en el borde inferior que en el superior de la maceta. Se fija el enrejado sobre el hule por medio de algunos puntos, luego se ejecuta una guarnicion de cuentas blancas y verdes; se ensartan las cuentas en alambre; cada una de las dos primeras vueltas se liga con los cañutillos verdes del borde superior del enrejado, mientras que en la tercera vuelta se pasa el alambre despues de cada feston por la cuenta del medio de uno de los festones de la vuelta anterior.

Publicamos además otros dos dibujos, que se podrán sustituir si se quiere al

SEPTIEMBRE DE 1867.

enrejado, así como tambien otro dibujo de guarnicion para el borde superior.

Dos cuadros á punto ruso.

Se podrán utilizar estos cuadros para guarnicion de trages, disponiéndolos segun las indicaciones del dibujo que figura en la primera página de este número.

mero. En este caso, se le ejecuta con torzal de seda sobre fondo de tafetan; estos cuadros servirán tambien para cabos de cinturon; y en fin, bordados con algodón sobre nansouk, se asociarán á cuadros hechos al crochet, red ó frivolité.

Centro de un velo de butaca de frivolité.

Nuestro dibujo representa el centro de un velo de butaca ejecutado con hilo, y cuyo diámetro es de 50 centímetros. — Se principia por una argolla ó anillo compuesto de: 4 dobles nudos, — 1 piquillo, — 6 dobles nudos, — 1 piquillo, — 6 dobles nudos, — 1 piquillo, — 4 dobles nudos.

Se toma una nueva lanzadera (cuyo hilo servirá solamente de *sosten*), se ata la nueva hebra junto al anillo terminado, y se hacen con ella 6 dobles nudos. Viene en seguida, con la primera hebra, un anillo igual al anterior; solo que en vez de hacer el primer piquillo, se ata el anillo al último piquillo del último anillo.

Se hacen 6 dobles nudos, y así se continúa alternativamente, hasta que se hayan hecho en todo 7 anillos, separados entre sí por 6 nudos al derecho. El hilo que sirve de *sosten* se aprieta de modo que se formen con estos anillos una rosácea, que se reúne cosiendo unos con otros los piquillos del primero y del último anillo. Se atan juntos los dos cabos de la hebra que sirve de *sosten*. Al principio de la 2.^a vuelta se ata la hebra de una de las lanzaderas al piquillo del medio de un anillo, se hace un anillo, se vuelve á tomar la segunda lanzadera, y se trabaja como en la vuelta anterior, con la diferencia de que se hacen 8 dobles nudos en vez de 6; en la 2.^a vuelta hay 15 anillos.

Todas las demás vueltas se labran del mismo modo, aumentando el número de los anillos y de los dobles nudos, dispuestos de modo que la labor permanezca bien plana.

En nuestro modelo la 3.^a vuelta se compone de 26 anillos; despues de cada vuelta se corta la hebra y se la fija.

Dibujo para tapete de mesa.

El bordado de este tapete se ejecuta con trencilla color castaño y galoncillo



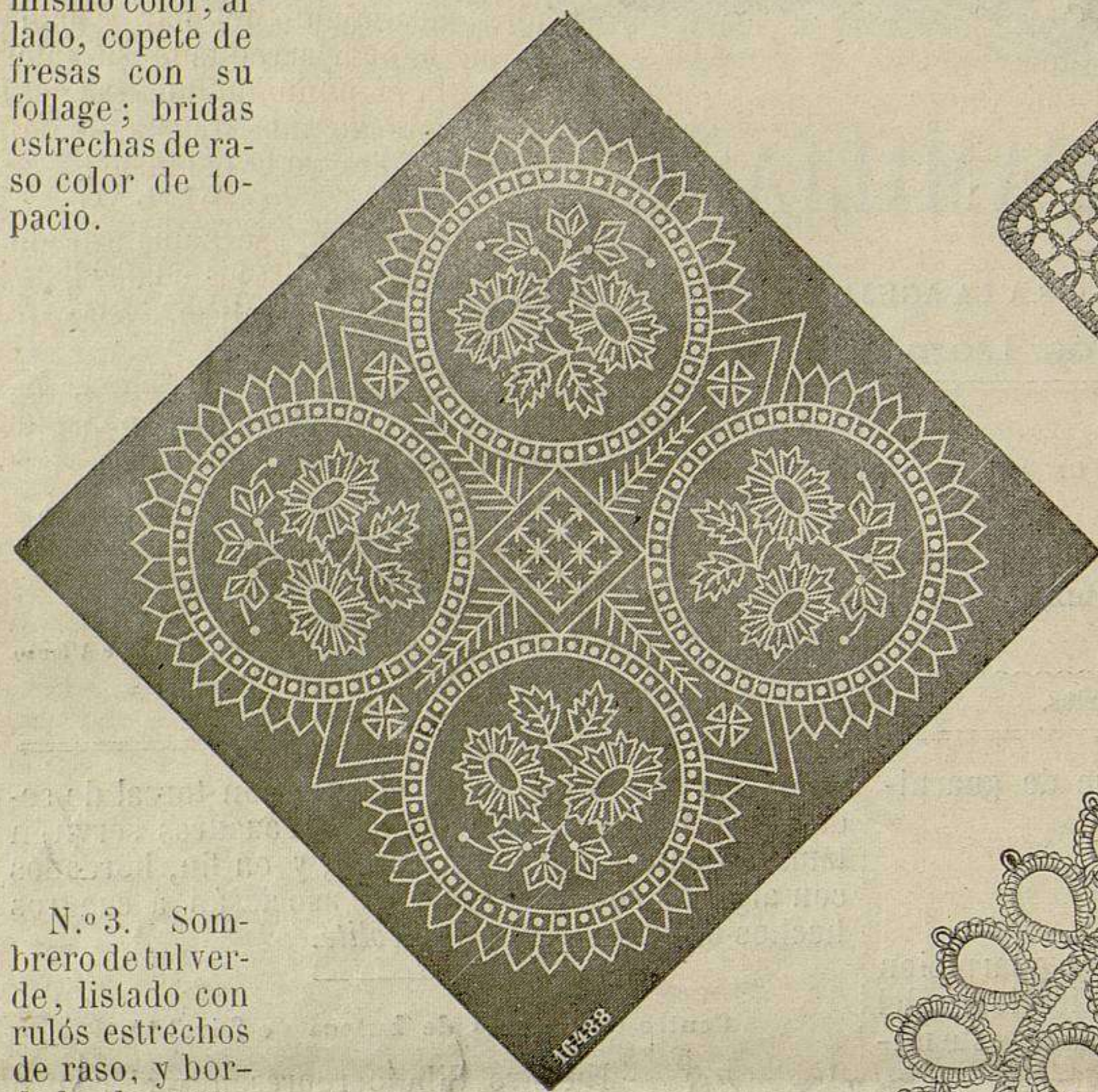
TRAGE DE OTOÑO CON GUARNICION DE GUIPUR SOBRE RED.

de seda del mismo color sobre reps de lana tambien castaño, pero de tinta un poco más oscura. Todo ello se orla con punto ruso hecho con torzal de seda maiz. Se puede sustituir la trencilla con punto de cadeneta ejecutado con seda color castaño. El tapete se forra con *lasting* de lana ó percalina, y se orla con un cordon de lana que forma en cada esquina una hoja de trébol.

SOMBREROS.

N.º 1.—Sombrero de tul blanco, ligeramente fruncido, dentado, adornado con cascabellos de cristal blanco; guarnicion de azaleas blancas; bridas blancas, orladas de encage blanco.

N.º 2.—Sombrero de crespon color de topacio, adornado con rulos de raso, del mismo color; al lado, copete de fresas con su follage; bridas estrechas de raso color de topacio.



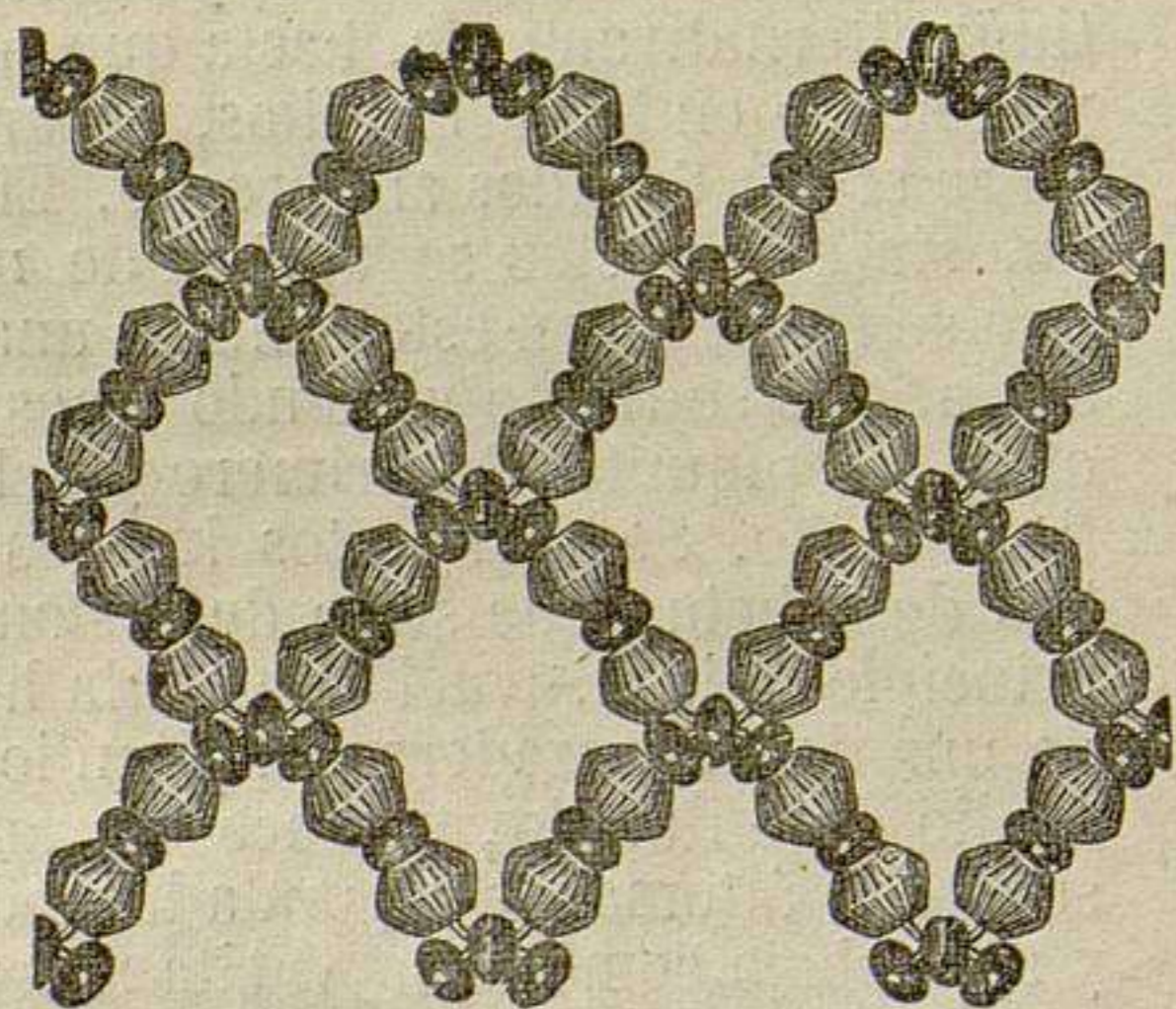
N.º 3. Sombrero de tul verde, listado con rulos estrechos de raso, y bordado de cuentas negras; follage verde metálico, y encage negro con cascabelillos tambien negros.

N.º 4.—Sombrero de paja amarilla, con trenza de paja y ramo de flores de paja; encages negros.

N.º 5.—Sombrero de crin blanca; fanchon de tul y encage negro formando anchas bridas, simplemente cruzadas; por delante una diadema de terciopelo negro, separándose del sombrero para guarnecer lo alto de la cabeza, y que va adornada con flores encarnadas de terciopelo; bridas pequeñas de tafetan negro.

Dos cófias.

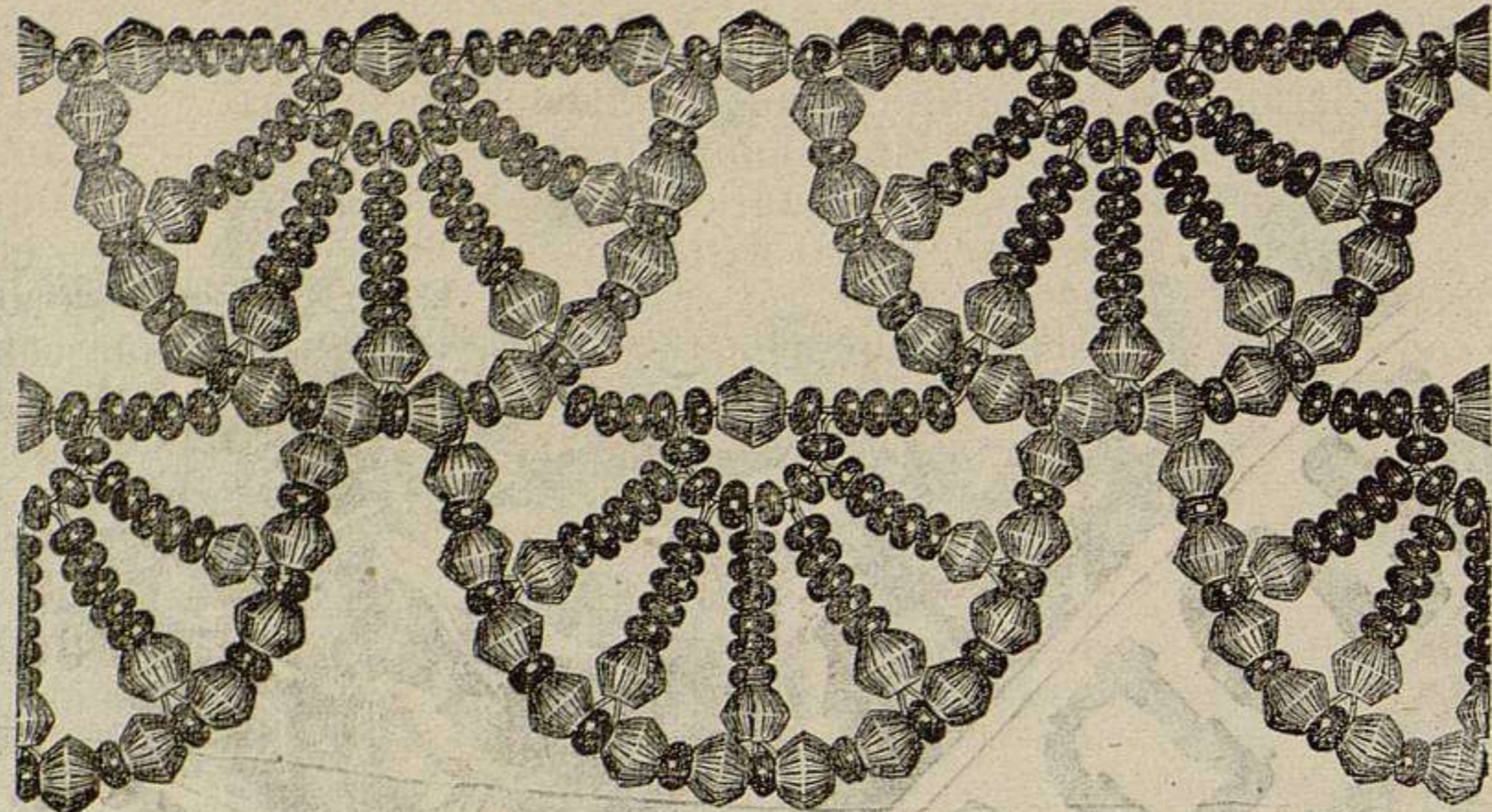
N.º 1.—Esta cófia es una simple catalana (cuadrilongo); está compuesta de entredoses de guipur, con



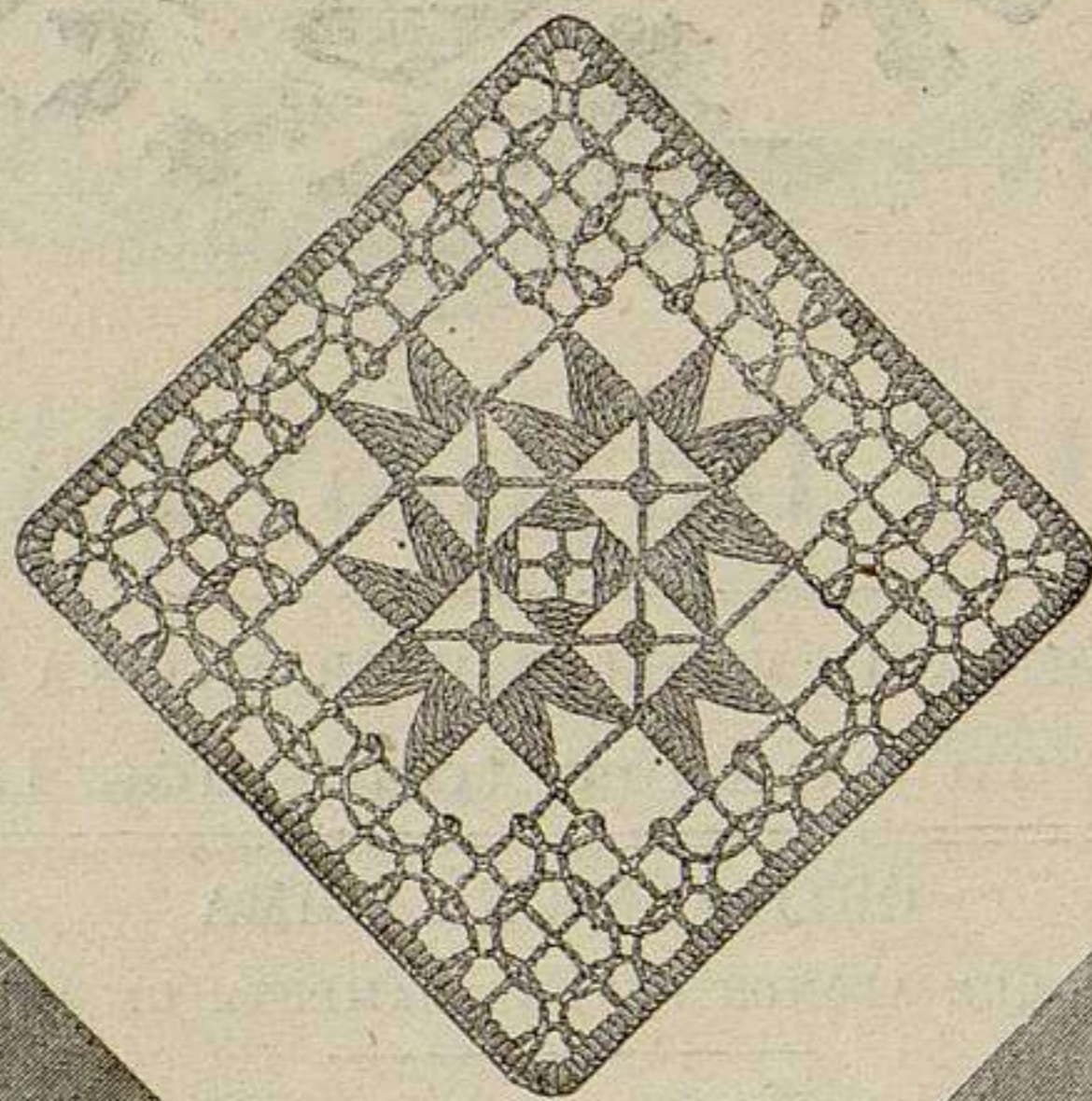
DIBUJO PARA CUBRE-MACETA.

bucelillos al rededor; estos son de cinta azul muy estrecha (cero), y forman un copete sobre el lado transversal de detrás, cayendo de él dos trenzas de cinta, de tafetan azul; bridas, iguales, orladas de guipur blanco.

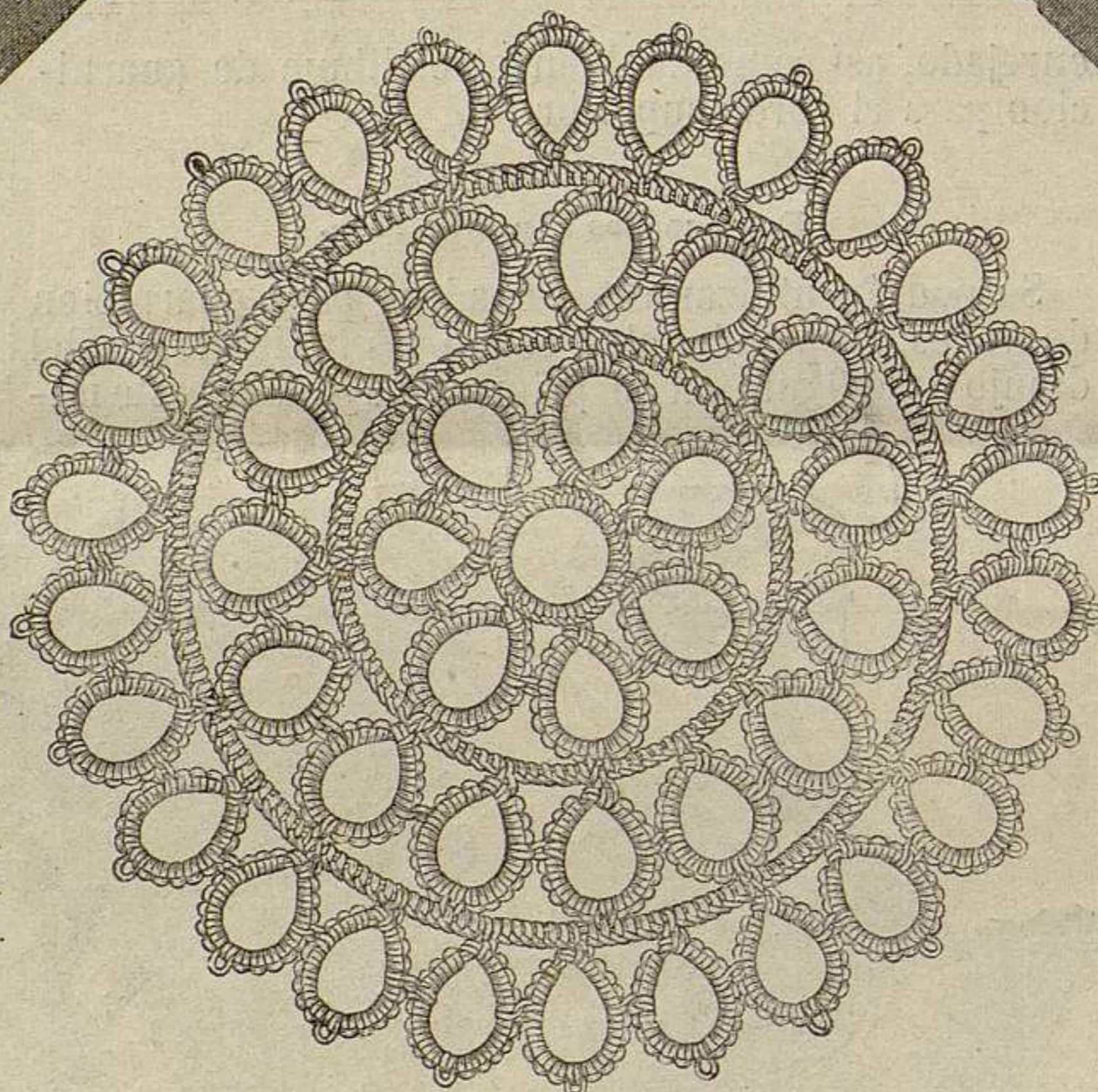
N.º 2.—Cófia de guipur, cintas de terciopelo y de tafetan rosa. Lo alto de la cabeza va cubierto con una catalana un poco escotada por ámbos extremos, rodeada de guipur, encima del cual se pone una cinta estrecha de terciopelo rosa de la que penden bucelillos de la misma cinta; por delante un copete de bucelillos forma una diadema; al lado, carrileras de tul de guipur que terminan en anchas bri-



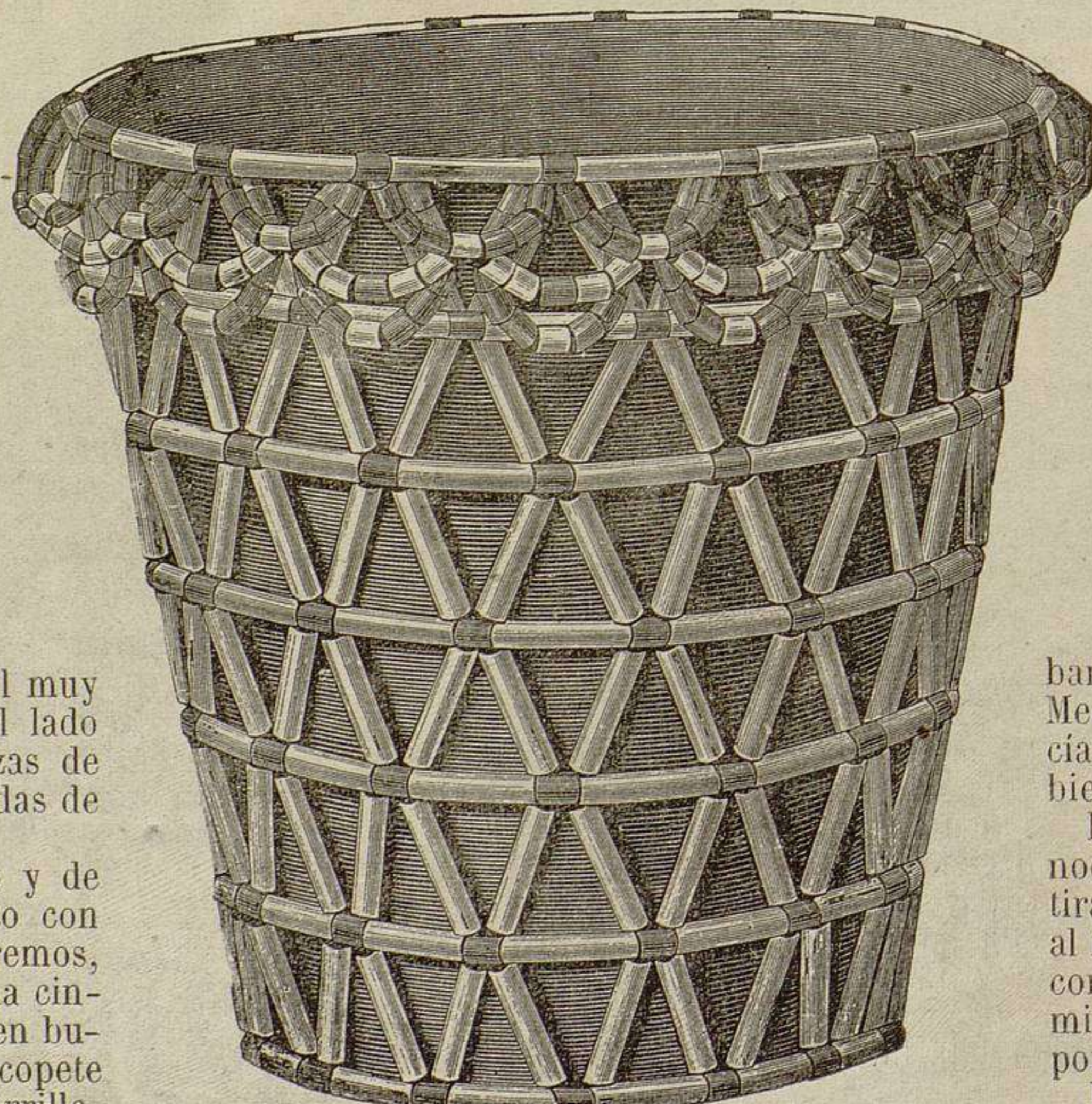
GUARNICION PARA CUBRE-MACETA.



CUADRO DE GUIPUR SOBRE RED PARA TRAGES DE OTOÑO.



CENTRO DE UN VELO DE BUTACA DE FRIVOLITÉ.



CUBRE-MACETA.

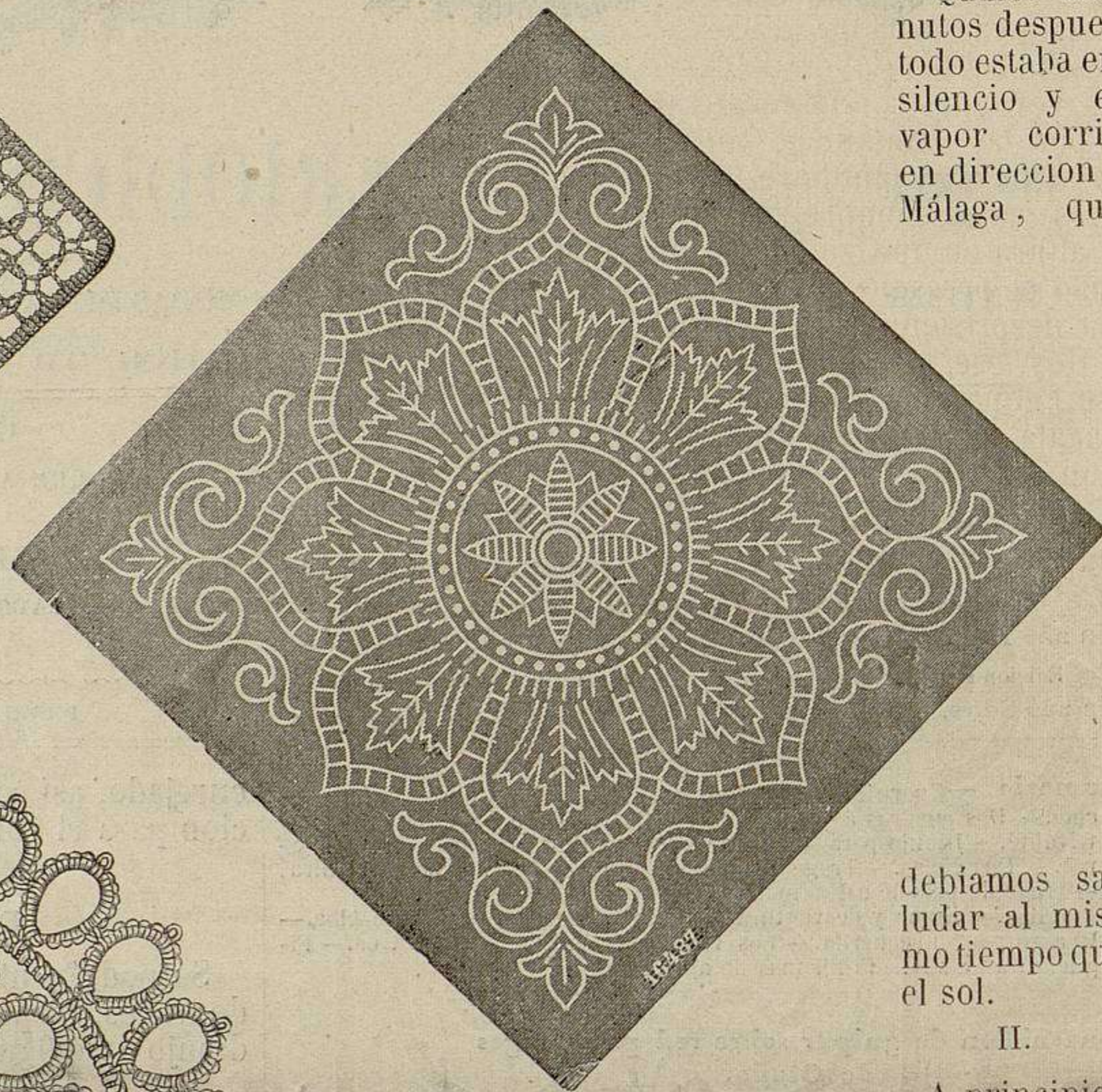
das de cinta de tafetan rosa. Son muy recomendables estas cófias por su sencillez y elegancia.

FELIPE.

I.

..... Cuando doblábamos la Punta de Europa, Felipe se levantó de pronto y empezó á recorrer la cubierta, dando alaridos, y gritando: "el rayo! el rayo!" Mesábase los cabellos y la revuelta barba que hacia medio año no se cortára. Sus compañeros le dieron, para calmarlo, una botella de rom, que apuró en dos tragos, tendiéndose despues al pié del cañon de la chimenea, murmurando entre sollozos: "el rayo! el rayo!"

Quince minutos despues todo estaba en silencio y el vapor corria en direccion á Málaga, que



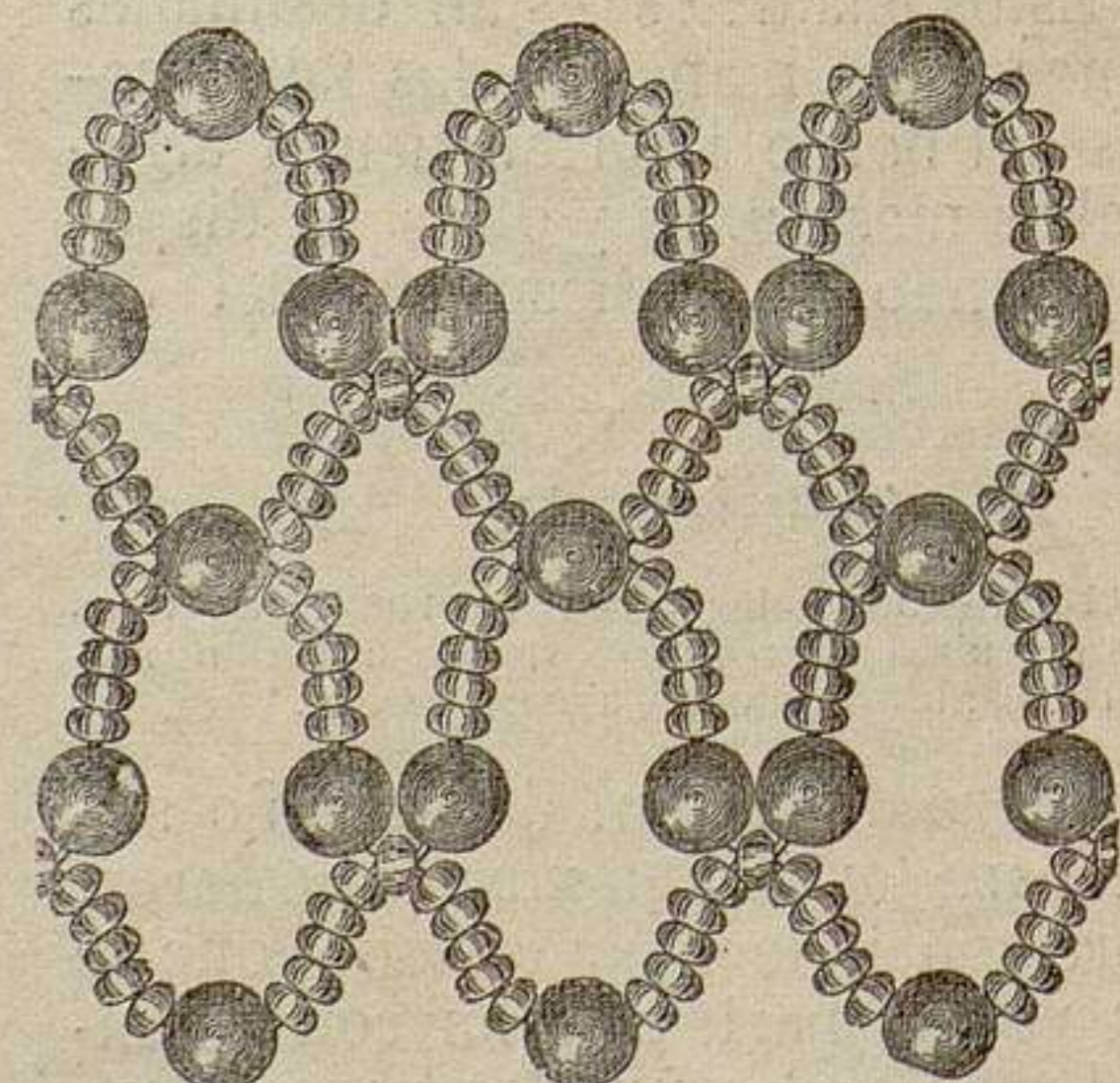
debiamos saludar al mismo tiempo que el sol.

II.

A principios de Junio de este año hice un viage desde Cádiz á Alicante, en uno de los vapores que salen de Liverpool y concluyen su carrera en Barcelona, para deshacer en la semana inmediata el camino recorrido en la anterior. El buque á que me refiero es uno de los vapores correos que despues han hecho con mas celeridad su viage á la Isla de Cuba.

Gozamos, durante la travesía, de un tiempo bellissimo, de un cielo despejado, y de una mar tranquila; tanto, que apenas se notaba el movimiento de las olas á cien brazas de distancia.

El vapor, de fuerza de mas de trescientos caballos, hacia, trabajando á media máquina, de nueve á diez millas por hora, y ni la mas pequeña zozobra de un percance, pasó por la imaginacion de los que vogá-



DIBUJO PARA CUBRE-MACETA.

bamos. Solo al dejar el Océano para entrar en el Mediterráneo, tuvimos un poco de levante que ofrecia alguna resistencia á la proa, y nos roció la cubierta con algunas espumosas ondas.

Pero cuando esto sucedia, eran las doce de la noche: la mayor parte de los pasajeros se habian retirado á sus camarotes temiéndole á la humedad y al frio, y solo unos pocos, entre los que yo me encontraba, no abandonamos la cubierta, unos por miedo al mareo, otros por razones que ignoro, y yo por gozar de aquel espectáculo nuevo para mí.

Entre los pasajeros de cubierta, que eran soldados y gente pobre que no habian podido pagar un

abrigo bajo las escotillas, estaba recostado un hombre, como de cuarenta años, de crespo pelo, enredada y canosa barba, turbios ojos, de fuerzas atléticas, y bronceado color, según tuve ocasión de examinar á la mañana siguiente.

Este hombre, que hacia el servicio de marinero en los ratos que podia, y al que el capitán miraba con especial predilección, y para el cual jamás tuvo el conde de una reprensión, se llamaba Felipe; era catalán, marinero desde que pudo agitar con sus brazos el agua salada, y bravo é inteligente como pocos de los hijos de San Telmo.

Habia sido joven hermoso, con esa hermosura enérgica, bronceada y poderosa que produce un ejercicio activo y continuado, una musculatura de hierro, y una sangre templada por el sol del Ecuador y de los Trópicos.

Felipe, relegado hoy á la servidumbre del vapor, al oficio más insignificante, habia sido piloto en una fragata mercante; habia recorrido el Atlántico y dirigido la proa de su barco á través de las montañas olas del Cabo de Buena Esperanza, por entre las revueltas corrientes del Estrecho de Magallanes, y por las tranquilas ondas del inmenso mar del Asia. Le eran familiares todos los conocimientos náuticos; sabia siempre sin ayuda de los instrumentos la altura en que se encontraba y leia en el azul del cielo el presagio de la tempestad, que nunca le cogia desprevenido.

Hoy, ese mismo Felipe, sucio, derrotado y torpe; ese Felipe que hubiera llegado á ser capitán de una fragata, estaba casi reducido á la miserable condición de grumete; pero aun en tal estado, el capitán

lo atiende, la tripulación lo respeta y todos le consideran hasta el punto de que solo hace lo que quiere. Si se le manda una maniobra, ó que preste cualquier trabajo y no lo ejecuta, el primer marinero que lo advierte lo desempeña, y siempre está listo cuanto corresponde á Felipe.

¿Porqué esta consideración respetuosa y tierna á la vez, á un marinero desaliñado, grosero é intratable? Porque Felipe está loco, y sus compañeros que saben la causa, la respetan.

III.

Mientras nos desayunábamos á la vista de Málaga, y á pocas brazas del casco de un vapor holandés que se habia ido á pique en el mismo puerto, se suscitó en la mesa la conversación del susto que algunos pasajeros habian pasado la noche anterior al oír gritos sobre cubierta, creyendo la mayor parte que nos habia cogido una tempestad, y que el vapor iba á ser destruido por el fuego del cielo.

Cada uno dió su opinión más ó menos acertada, y el capitán, que nos presidia á pesar de que habia á la mesa dos señoras y un teniente general, que acababa de dejar el mando del distrito militar de Sevilla, tomando parte en la conversación, nos dijo:

—La circunstancia de que zarpáramos después de comer, ha hecho que no pudiera advertir á ustedes lo que habia de ocurrir para que no experimentasen temor ninguno. Todas las noches, y muchas veces en medio del día, se reproduce esa escena, á que nosotros ya estamos acostumbrados; pero que tiene mucho de tierna y conmovedora.

—Pues qué es ello?

—Una historia muy sencilla.

—La oiría con sumo gusto, dije dirigiéndome al capitán.

—Durante los postres la referiré, y conocerán ustedes el motivo de la locura de Felipe, y seguramente se conmoverán, principalmente las señoras y los que como yo tengan hijos.

Apesar de la opinión de que nosotros los marinos tenemos corazón de bronce, hay sin embargo excepciones que demuestran lo contrario.

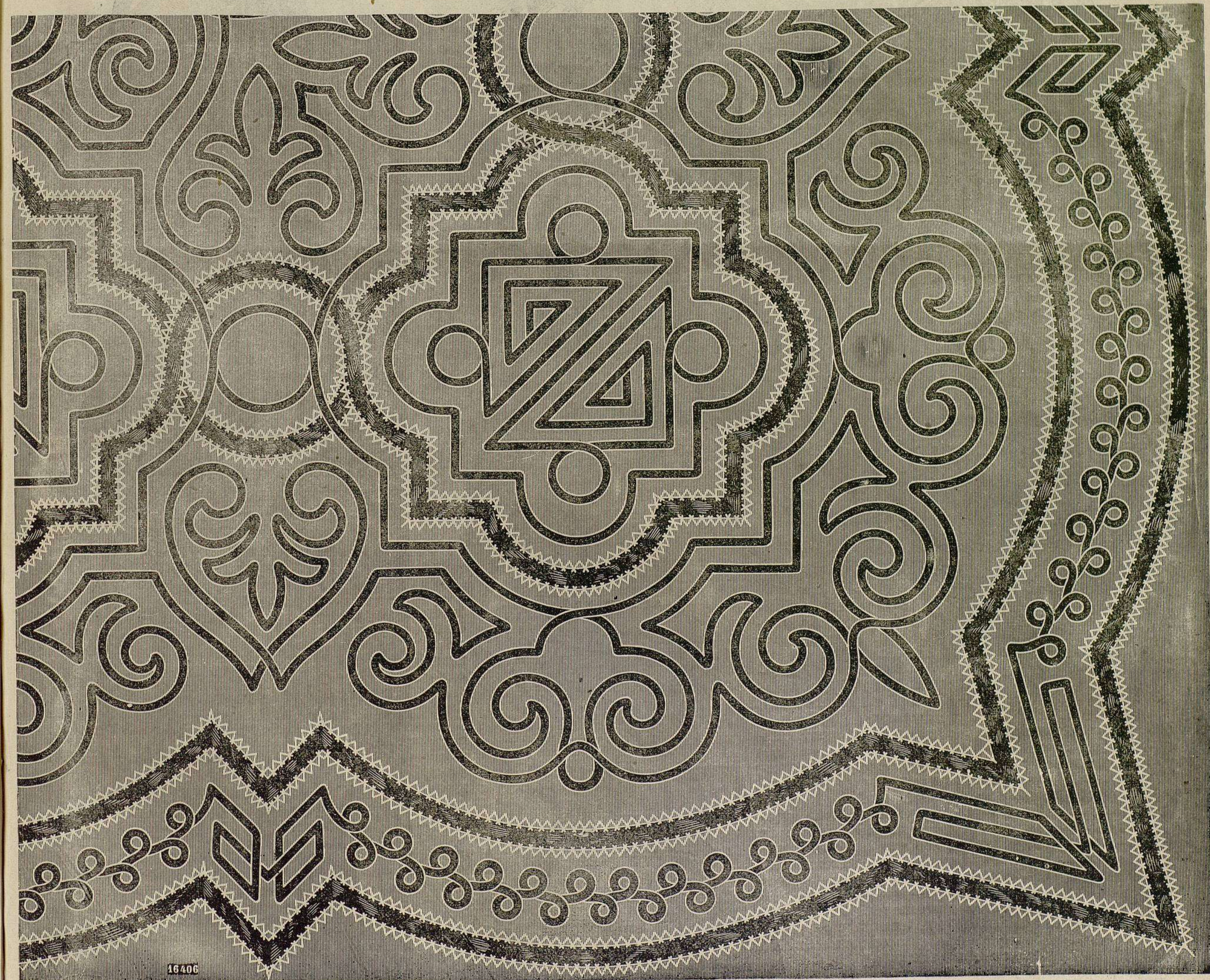
Ahi tenemos á Felipe: él era y aun es, el más valiente cuando tenemos que luchar con la tempestad, y llora como un niño siempre que viene á su memoria el suceso que le ha enloquecido. Solo á fuerza de rom, que le produce los efectos del opio, se calma durante algunas horas, para volver á su delirio cuando ha cesado la acción alcohólica.

Felipe era un bizarro marinero, hace diez años, y lo mismo manejaba el timón de un navío que los remos de una barquilla.

Tenia un profundo conocimiento del mar y habia hecho varios viajes que habian acreditado su valor y sus conocimientos hasta el punto de que una casa catalana lo eligió para piloto de una fragata de mil toneladas, que hacia servicio entre la península y las Islas Filipinas.

Felipe, hijo y nieto de marino, se habia casado, y llegó á tener también dos hijos, á los cuales llamó Jorge y Guillermo, los que pensó dedicar á su misma profesion.

Hace cinco años que un hermano de Felipe, que estaba en América, y que habia adquirido alguna fortuna, quiso que se le asociara, y lo llamó á su



16406

DIBUJO PARA TAPETE DE MESA.

lado con toda su familia. Así es que Felipe, con su mujer y sus hijos, se hizo á la vela en un bergantín, y dos años mas tarde, muerto el hermano y realizada su herencia, la familia retornaba á Cataluña, cuando una tempestad que les cogió á la altura de las Canarias, destrozó la fragata, que se fué á pique, llevándose la fortuna de Felipe, á su mujer y á su hijo menor Guillermo. Felipe y Jorge se salvaron milagrosamente, con algunos tripulantes, en una lancha que fué socorrida mas tarde por este vapor en que vamos, y que hacia su primer viage á las Américas, los cuales continuó por espacio de dos años, y que volverá á empezar dentro de algunas semanas.

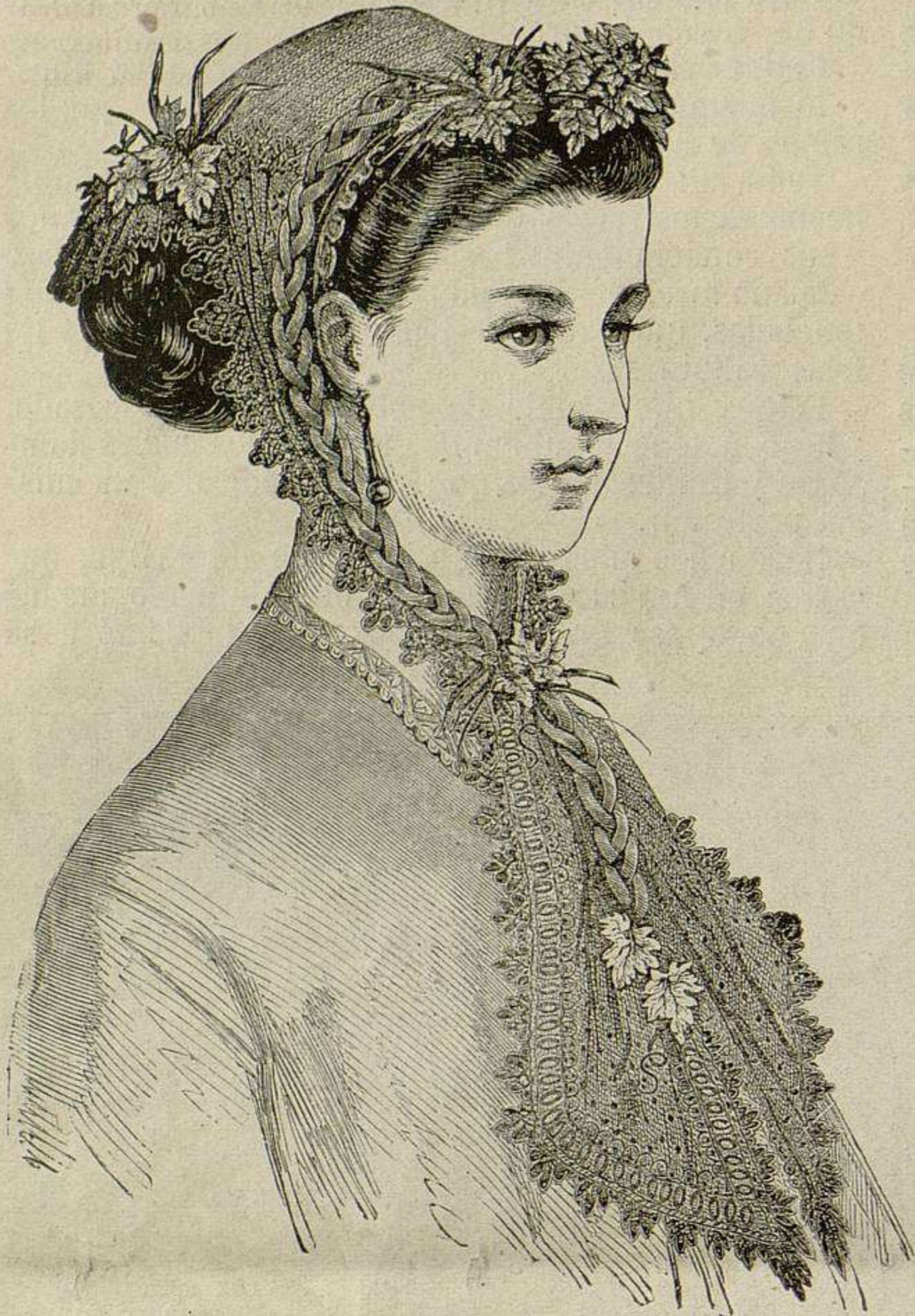
Felipe quedó arruinado, viudo, con un solo hijo, el mas querido, es verdad; pero de rico é indepen-

de su mujer, de su otro hijo, y de la fortuna heredada de su hermano, pero le quedaba que sufrir el último golpe, el que habia de acabar con la razon del infeliz.

Un dia que navegábamos con direccion á Vigo, en el mes de Setiembre último, la mar estaba un tanto encrespada, el viento era duro, y las nubes amontonándose sobre el horizonte, presagiaban una violenta tempestad.

No tardó esta en presentarse tan fuerte como son siempre las que se promueven en el golfo de Gascuña, porque es sabido que el nordeste en el mar Cantábrico produce las borrascas mas espantosas que se atraviesan en la vida del marino.

Ya era de noche: la electricidad coloraba las pun-



SOMBRERO N.º 4.



SOMBRERO N.º 5.



SOMBRERO N.º 3.



SOMBRERO N.º 1.



CÓPIA N.º 2.



SOMBRERO N.º 2.



CÓPIA N.º 1.

diente que era, reducido á la pobreza y á tener que volver á la vida del mar.

Llegamos á Puerto-Rico, y Felipe no abandonó el buque: antes al contrario, pidió colocarse en él, y obtuvo el cargo de segundo piloto, que ha desempeñado dos años.

Jorge, que apenas contaba ocho, hijo de un padre robusto, único consuelo y esperanza de este, empezó su educación marítima, logrando un desarrollo prodigioso, y una agilidad sorprendente. Al mismo tiempo, le explicaba su padre prácticamente las nociones náuticas que necesitan un largo estudio teórico, y hace un año que Jorge sabia tanto como un marino que lleva diez años de servicio: conocia el cielo y el mar; veía de noche una vela á cuatro millas de distancia; solo tardaba en subir y bajar á lo alto del palo mayor tres minutos, y nadaba como un pez.

Bajo tan buenos precedentes, Jorge tenia abierto un magnífico porvenir, y á los veinte años habria sido uno de esos intrépidos marineros que asombran al mundo y que dominan las aguas, las nieblas y los vientos.

Felipe se habia consolado algun tanto de la pérdida de

tas de los palos, y el casco de hierro del vapor experimentaba sacudidas misteriosas, que nos hacian temblar á cada instante.

Era este el primer buque de hierro que yo montaba y no calculaba, lo confieso con franqueza, que los estremecimientos que experimentaba eran hijos del estado atmosférico y no de la agitacion del oleaje.

Felipe, colocado en el timon, vió los fuegos de San Telmo en las puntas de los palos, y al mismo tiempo que el primer trueno heria nuestros oidos y el primer relámpago alumbraba el espacio, me envió un recado con su hijo para que hiciera caer al agua las cadenas de los para-rayos.

Comprendí la justicia de la advertencia, y con la bocina di la órden para que fuese ejecutada inmediatamente. Por desgracia de Felipe, una de las cadenas se habia enredado en el cordage de la cangreja y fué preciso que un grumete subiera á desenredarla. Jorge subió; y mientras estaba ocupado en esta operacion, difícil porque tenia que ejecutarse

en la oscuridad, brilló el relámpago, se oyó la voz de la inmensidad, y la chispa eléctrica desprendida de las nubes, descendió á lo largo del palo mayor, envolvió en su fluido á Jorge, que asfixiado cayó de espaldas sobre la escotilla de la máquina, donde se hizo pedazos la cabeza.

Por rápido y misterioso que fué el suceso, Felipe vió á su hijo subir al aparejo, y tambien lo vio caer un momento despues.

Lanzó un grito que á todos nos llenó de espanto, abandonó el timon y vino á recoger el cadáver de su hijo, sangriento y medio carbonizado.

La escena que siguió no la puedo referir; pero la comprenderán ustedes. Luchamos con la tempestad hasta el amanecer, y el pobre Felipe no se separó del cadáver de su hijo que tenia destrozado entre sus brazos.

Aquel hombre no lloraba, ni gemía, apenas salia

que, pues dice que quiere morir donde su hijo ha muerto: y como no podemos llevar como tripulantes gente inútil, tiene asignado en el vapor un empleo que todos se apresuran á desempeñar por él.

Esta es la historia de los gritos que han oido ustedes esta noche, y como ya saben que se reproducirán dentro de algunas horas, no creerán, como algunos, que estamos en peligro de morir.

Nos levantamos de la mesa y todos nos dirigimos al sitio que ocupaba el desgraciado Felipe, para observar y compadecer á aquel hombre que habia perdido en el mar á su mujer, á sus hijos, su fortuna y el juicio, y que sin embargo no queria separarse del mar.

A***

Solo tenia por criado un negrito, que le compraba los colores, se los molia, y le preparaba su paleta.

Habiale vestido de damasco azul forrado de seda amarilla, con lo que se habia hecho notable y todos le conocian en Amberes.

Volvia un dia este negrito del palacio del Duque de Alba donde habia ido á tomar las órdenes para su amo, cuando una muger le llamó aparte, y le entregó una carta dirigida á Antonio Moro.

Era una invitacion en que le rogaban que fuera aquella noche al Beaterio de S. José, donde las beatas debian tener un concierto religioso. Chocóle mucho aquella cita en el beaterio y al momento le vino á la imaginacion el encuentro que habia tenido con una beata en las naves de la Catedral. Parecióle que aquella carta era de la misma letra, de la misma mano que la recibida anteriormente.

Gozoso encargó á su negro le tuviese dispuesto su mejor traje para la noche, y se fué á acabar su gran cuadro de la Resurreccion en la iglesia de los Padres Jesuitas.

Mientras trabajaba en aquella obra que le habia encar-



EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tafetan negro con tiras de tafetan violeta, y botones gruesos negros y violeta sobre cada costura. Cinturon-locura guarnecido como el trage. Corpiño montante.

Zagalejo de cachemira verde claro.—Trage corto de linós blanco, con galon y medallones adornados de bordado breton. Cinturon corre-pondiente con medallones.

Trage de pelo de cabra maiz, con rulós de raso del mismo color.

de su pecho otro sonido que el de una respiracion estertórea.

Veinte y cuatro horas, durante las cuales nos fué imposible separar al padre de los inanimados restos de su hijo, llegamos á Vigo. Para dar sepultura al cadáver hubo que engañar á Felipe, diciéndole que él nos acompañaria; y para darle fuerzas le hicimos tomar un vaso de vino, en que el médico de la sanidad habia puesto un narcótico.

Dos dias despues nos hicimos á la mar para Lisboa, pero ya Felipe estaba loco, no loco furioso, sino en el estado en que ustedes le han visto.

Siempre que llega la noche su imaginacion se exalta, y exclama: "el rayo! el rayo!"

Despues llora, llama á Jorge, á Guillermo, á la madre de estos, y se duerme entre los vapores del rom para repetir sus exclamaciones al dia siguiente.

Así lleva cinco meses; no ha querido dejar el bu-

AMOR Y DESVENTURA

ó

EL PINTOR DEL GRAN DUQUE DE ALBA.

(CONTINUACION.)

IV.

El pintor se hallaba en la mayor ansiedad. Pasábanse sus dias en la mas profunda tristeza. Si el billete que le habia entregado la beata, que pensaba debia de ser una amiga de la condesa de Armsberg, era verdad, la última línea que contenia aquel escrito debia de ser mentira? No revelaba que aquella incomparable criatura habia amado al artista, y que tal vez habria muerto pronunciando su nombre y doliéndose de su ausencia y de su amor? El bálsamo vertido sobre la herida del artista por aquella sola línea no bastaba á devolverle la tranquilidad, antes bien le hacia ver el tesoro que habia perdido, y su tristeza fué tal, que permaneció mucho tiempo encerrado en su taller...

gado y en que tanto interés tenia el Duque de Alba, no cesó de pensar en Olivia. Los rayos con que iluminaba la suave cabeza de Cristo al salir del sepulcro, le parecian que eran los que debia de llevar tambien victoriosamente sobre su frente la bella Olivia en la mansion de los arcángeles. No habia mas diferencia sino que su Cristo radiante, invencible se lanzaba desde las sombras del sepulcro y la Condesa de Armsberg se hallaba para siempre encerrada en él.

A la hora acostumbrada dejó sus pinceles, y con el corazón mas aliviado se marchó á su casa donde le esperaba el negro. Con el esmero con que se vistió diríase mas bien que se componia y acicalaba para un baile que para un concierto cantado por monjas.

Quiso desplegar su coquetería delante de una mujer que habia podido conocer á Olivia. Quería aparecer en su presencia con toda la magnificencia de su traje, á fin de que esta creyese que la Condesa de Armsberg no habia amado á un pobre pintor, un hombre de nada, un artista indigno de ella. Además, aquel cuidado en componerse y en-

galanarse le distraía, y se figuraba que Olivia, cuyo retrato presidía á su tocador, le miraba y se complacia en verle.

Sonreíase delante del retrato cual un amante deseoso de agradar. Colocóse airoosamente sobre sus hombros una magnífica capita de terciopelo negro bordado y colocó sobre su cuello la órden de Cristo que le habia dado el Duque, é iba ya á marcharse cuando oyó de repente en la escalera un sordo ruido, y apenas tuvo tiempo de guardar en su secreto escondite, con un suspiro el retrato de su amada difunta.

Era oscura la noche. El negro bajó, cogió una bujía y salió á alumbrar al que subía ya la escalera.

Era este un hombre de quien al pronto no se veía mas que la pluma negra de su gorra, porque echada esta sobre el rostro se lo ocultaba casi del todo, y venía embozado en su capa negra y enteramente lisa.

Descubrióse, y el pintor tembló de pies á cabeza....

Era el Duque de Alba.

Nunca á la verdad el rostro de aquel imperioso gobernador, á quien tenia el artista el insigne honor de servir, le habia parecido mas pálido y severo.

—Coge tu paleta y tus pinceles, dijo al pintor, y sígueme....

—Seguir á Vuecelencia á estas horas, exclamó Antonio. Yo me habia vestido para ir á una funcion....

—En efecto, contestó el Duque, mirándole de pies á cabeza, en efecto os habeis vestido de gala, mi querido Moro, precavido habeis andado porque las mujeres que os voy á hacer ver, son todas señoras de calidad....

—Vá á llevarme Vuecelencia á casa de unas señoras.

—A casa de unas señoras y muy principales.

—Y quiere Vuecelencia que lleve conmigo mis pinceles?

—Quiero que os acompañe vuestro negro, con todos los avíos necesarios para pintar. Vamos, y no hay que replicar, continuó arqueando las cejas, sois mi pintor, seguidme.

Preciso fué obedecer á la voz que acababa de acentuar estas palabras, aquella voz dejó aterrado al pintor.

Comprendía vagamente este que algo extraño y terrible iba á pasar entre el Duque y él. Siguió al Duque espantado despues de haberse abotonado el cinturón de su espada, y de haber echado una triste mirada sobre el sitio donde tenia escondido el retrato de Olivia.

V.

Despues de haber andado silenciosamente, precedidos del negro que llevaba la caja de colores, algunos minutos por las desiertas calles de Amberes, llegaron el Duque de Alba y el pintor al palacio del gobierno.

Subió primero el Duque los escalones del vestíbulo, y le recibieron cuatro esbirros vestidos de negro. Les dió algunas órdenes, y despues cogió de la mano al pintor y le introdujo en los aposentos. Estaban estos alfombrados de modo que no se oyó el ruido de los pasos, y tan débilmente alumbrados que sin la bujía de un portero que iba delante de ellos, hubieran corrido el riesgo de tropezar en algunos de los preciosos muebles que los adornaban. Llegaron á una puerta cuidadosamente cerrada, empero por las rendijas de la que se escapaban varios rayos de luz. Llamó el Duque con la mano, y al momento se abrió la puerta y el pintor se halló en una estancia profusamente iluminada y delante de cinco mujeres ó mas bien delante de cinco velos negros, porque cada una de ellas tenia un velo echado á la cara á manera de máscara.

Era sin duda aquella estancia la sala del Consejo de Sangre porque estaban sus paredes entapizadas de negro y adornado su frente con los retratos de cuerpo entero del Rey Felipe II y del Duque de Alba, separados los dos únicamente por una espada que representaba la espada de la ley.

Asombrado grandemente se hallaba el pintor y no sabia qué pensar de cuanto estaba viendo, cuando tocando una campanilla el Duque, hizo que un portero tragese una silla y un caballete.

—Moro, le dijo el primero, aquí ves cinco mujeres que mañana al amanecer serán decapitadas en la plaza mayor de Amberes. Se las há cogido á todas ellas en el Beaterio de San José y su correspondencia secreta con los partidarios del Príncipe de Orange está entre mis manos. Son Señoras muy principales y algunas de ellas pertenecen á las familias mas influyentes de la ciudad, y de su partido. Quiero que mueran con los honores debidos á su alta gerarquía. Así te encargo que me saques sus retratos para enviárselos al Rey Felipe II. Conque manos á la obra, y despacha pronto, pues que necesitarán su tiempo para ponerse bien con Dios.

Estas sangrientas palabras sumergieron al pintor en una especie de letargo.

Mientras así hablaba el Duque, ni un grito, ni un lamento, ni un suspiro se habia escapado de debajo de aquellos cinco velos negros; aquellas víctimas insultaban con su silencio la cobardía de su verdugo.

Brillaba con feroz alegría la frente del Duque de Alba, como para excitarse á sí mismo; afectaba volver á leer las diversas cartas que tenia en las manos, y echaba sobre cada una de aquellas mujeres una mirada de odio y de venganza.

En la manera con que miró el pintor comprendió muy bien este que sería inútil toda súplica; toda clase de resistencia.

Con mano trémula cogió sus pinceles, y encomendándose á Dios, cuya santa imagen se veía clavada en la cruz, sobre la mesa, cual si el Duque hubiera querido hacerle testigo de sus crueldades, llegóse al caballete y se preparó á emborronar el lienzo. El Duque con mano atrevida alzó el velo de la primera de aquellas mujeres, y soltando un rugido comparable al de un tigre, señaló él mismo al pintor su modelo....

Hallábase el pintor en aquel momento bajo la garra de

un espantoso demonio, trazaba sobre el lienzo las facciones de aquella muger, casi como un hombre puede firmar un e crito obligado por un asesino con una pistola al pecho.

A cada mártir que pintaba, el Duque decia al pintor su nombre y le obligaba á escribirlo debajo del retrato.

No sabemos cuanto tiempo tardaria el pintor, el que por mas que se daba prisa, padecia cual si él fuese el mismo verdugo. Al pintar veía sobre aquellos cuellos tan hermosos y tan pálidos una línea de sangre. El estupor ó la resignacion que parecían haber cerrado para siempre la boca de aquellas pobres y lindas criaturas hacia de ellas otras tantas estatuas de mármol.

Aplaudia el mismo Duque el trabajo de su inteligente pintor, y mostraba con marcada complacencia los retratos á su secretario y amigo Vargas.

Iba á concluir aquel horrible suplicio para el pintor: ya no le quedaba mas que un solo retrato por hacer: cuando el Duque dirigiéndole la palabra despues de haber levantado el velo de aquella muger, como habia hecho con las otras, le dijo:

—Esta es la mas hermosa, Moro, y se ha negado á decir su nombre, lo dejareis en blanco. No tengo cartas de ella, pero habitaba en el mismo convento, y há osado insultarme con los nombres mas odiosos defendiendo á sus compañeras. Mirala, es la perla de esta corona de sangre. Menester es que me la engarces en ella como las otras.

Aterrado el pintor dejó caer de las manos el pincel, el que se apresuró á recoger del suelo el Gran Duque de Alba y entregándole dijo:

—Y bien ¿qué tienes que te se escapa de la mano el pincel? Carlos V recogió el suyo al Ticiano: bien puedo á mi vez recoger el tuyo; pero ten buen cuidado en trabajar pronto y concluir, si nó quieres tener la misma suerte que esta mujer.

El pintor no escuchaba al Duque; se habia levantado de su asiento y consideraba de cerca á aquella última víctima. Cogiola las manos como para asegurarse de que no era una vana ilusión; era ella misma; su muerta; era Olivia Campana.

Olivia Campana ó mas bien la pálida Condesa de Armsberg, fijaba sobre el pintor sus rasgados y azules ojos suplicantes, y el pintor tomó sin reflexionar sus manos y las cubrió de besos. Recibia sus caricias medio desfallecida sobre su silla; porque de todas aquellas mujeres, era la mas jóven y la que mas sentia perder la vida.

—Tú conoces á esta mujer; dijo el Duque; en ese caso vas á decirme su nombre: vas á decírmelo y piensa que no me gusta aguardar.

—Esta mujer és la mia; repuso el pintor con un fingido movimiento de furor que impuso al Duque de Alba; esta mujer yo la habia perdido; es mi mujer, y no la matará V. E. y no tengo necesidad de hacer su retrato, porque su retrato está en mi casa.... mandad á mi negro que vaya á buscarle, yo voy á decirle en donde está, en donde lo oculto.... porque esta mujer, súpalo V. E., es mi vida, es mi tesoro. Yo no sabia que estuviese de vuelta y que hubiese buscado un refugio en un convento, perdónela V. E. si le ha insultado con palabras temerarias. El temor de una muerte tan terrible como la del suplicio, habrá podido solo perturbar su razon; perdónemela pues, V. E.

—¡Devolverte esa mujer! dijo el Duque; no, Moro; esta es una comedia; una farsa tuya. ¡Ah! te tiembla la mano, mi pintor, porque es la mas hermosa de todas; la mano te tiembla porque tal vez tú la amas. Poco nos importa á nosotros; debe morir; ó si tú quieres salvarla, continuó clavando sobre el pintor su clara mirada de sangre, dime su nombre. Sin duda es la mujer mas noble de Brabant; necesito saber su nombre, ó la mato.

—Señor; contestó el pintor; concededme algunos instantes y mi negro que está aquí os traerá su retrato; es mi mujer; si la matais me matareis con ella. ¿Qué se necesita para probaros la verdad de lo que os digo? Ved que no tiembla mi voz, si mi mano tiembla, si mis rodillas flaquean. Yo solo soy culpable; yo la habia abandonado; ahora vuelvo á encontrarla; es preciso que obtenga de V. E. su perdon.

Mirad, Señor Duque, cual abrazo á vuestros piés; vuestros rodillas; libertadla.

El pintor se habia arrojado á los piés del inflexible Duque de Alba á quien mejor hubiese sepultado su daga en el corazon. Mirábale el Duque indeciso con aquel aire estúpido de un hombre que quiere soñar. Tan extraordinario y singular era aquel encuentro que le aterraba. Llamando á su secretario Vargas aparte, le habló al oído algunos minutos, que dieron tiempo al negro á que volviese de la casa del pintor con el retrato.

Su vista chocó extraordinariamente y causó gran admiración al Duque; empero sobre todo á Olivia que no podia volver en sí, del exceso de la audacia de Moro y no se atrevía sin duda á desmentirle viendo cuan temerariamente se habia comprometido.

El Duque examinaba el retrato con glacial atencion, y hubo un momento en que el pintor le creyó dispuesto á concederle el perdon: empero bien pronto triunfó en él su sanguinario instinto y con horrible frialdad le dijo:

—¿Persistes, Moro, en pedirme la vida de esta mujer?... ¿Prueba este retrato que sea la tuya? Es tal vez alguna cortesana que debes sacrificar; se habrá ido al convento sin decírtelo y la vuelves á encontrar; concibo tu sorpresa. Ha insultado á tu amo y señor, á tu señor, ¿lo entiendes? Debe morir, preciso es que muera. Aquí tienes mi cadena de oro en pago de ese retrato; bien lo vale, ha costado mil ducados. Déjame esa mujer; y vuélvete á tu casa: sobre todo piensa bien que si hablas de todo lo que has visto; á la menor palabra, eres muerto. ¿Qué aguardas pues? Vete.

A este tiempo el Duque arrojó su cadena al cuello del pintor; este la cojió entre sus manos y retorció los eslabones de ella con una rabia imposible de describir.

Los agentes del Duque iban ya á poner sus manos sobre la Condesa de Armsberg, cuando el pintor fuera de sí, y desafiando al Duque, gritó:

—Señor, gracias mil por vuestra Ducal cadena; yo se la daré al verdugo, que hará caer bajo su cuchilla esta mano, pronta á secarse, antes que volver á manejar los pinceles para el Duque de Alba. Desde hoy ya Antonio Moro no es vuestro pintor. Rehuso servir á semejante amo y dejaré á otro su cuadro de la Resurreccion en donde al vencedor de Mulberg, debia figurar á caballo. Quede V. E. con Dios; ya no le pertenezco. Voy á borrar la imagen de un hombre que ha preferido satisfacer su resentimiento y su cólera á la equidad; la imagen de un hombre que ha combatido á los Franceses en Italia y humillado las águilas del Austria. Me vuelvo á Roma, en donde el Papa Paulo IV me recibirá y dará acogida. Iré á decir á aquel venerable Pontífice lo que habeis hecho con una católica; con una hija de la Iglesia mas piadosa aun que V. E. Vais á hacerme esco'ar por el verdugo; yo tambien lo espero!

—No se hará eso, vive Dios! dijo entonces con un tono repentinamente calmado el Duque de Alba; no se hará eso mi pintor.... mi único pintor, quiero que veas hasta donde llega la clemencia del Duque de Alba. Marcha con esa mujer, marcha con ella; empero que sepa que á tí solo debe la vida.... dentro de ocho dias iré á mirarme yo mismo en mi cuadro. Piénsalo bien; mañana, ya te lo he dicho, las compañeras de esta mujer enseñarán á los rebeldes, á donde conduce la resistencia á mi voluntad. Toma este papel, es un salvo conducto para tí y para ella.

Escribió el Duque unas cuantas líneas sobre un papel y con un gesto imperioso indicó al pintor su camino.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(Se continuará.)

EL AMOR.

Composicion dedicada al poeta Sr. D. Vicente Arenas.

El amor es un ángel: una de sus alas
tocó al cielo, y otra á la tierra.
Angela Grassi.

El amor es una de las mas penosas tribulaciones de nuestra peregrinacion terrestre.
Arlinecourt.

Existe una palabra dulcísima y soñada
Que á todos los humanos conmueve el corazon,
Palabra halagadora, fantasma perseguido
Que apenas nace, muere; y á quien se llama amor.

Apenas en el hombre la edad de la inocencia
Se cambia en los dinteles que habita la razon,
Mil sueños de ventura; quimeras engañosas
Le muestran horizontes de límpido color.

Las flores de la dicha que brotan en el alma
Y á quienes fecundiza de la esperanza el sol,
Fragantes, delicadas, despliegan su hermosura
Mecidas por el áura de un sueño engañador.

¡Ay! pobres flores bellas! Apenas han alzado
Sus cálices tan puros que colma la pasion,
El aura que las mece se cambia en tempestades
Que secan de sus hojas la sávia y el verdor!

Ensueño pasajero cual nube de verano
Y aurora de esplendores que cambia el aquilon,
En noche de tinieblas y en lágrimas ardientes
Que mana poco á poco la fuente del dolor.

Fantasma de ventura que tiene en lontananza
Terribles desengaños; la palpitante voz,
Que dice al alma tierna:—Despierta que has soñado;
Las dichas de este mundo, falaz mentira son!

Amor es un arcángel á quien de lodo cubren
Las alas peregrinas de espléndido color,
Y el cual al fin arroja su manto de impureza
Y al cielo se remonta buscando su mansion.

Amor es el suspiro del niño á quien arrullan
Los sueños sonrosados; que puro, encantador,
No tiene un solo pliegue que surque su alba frente,
Ni un pensamiento horrible que turbe su razon.

Amor én esta vida se acoge al seno blando
De madre cariñosa, á quien ha dado Dios
El sentimiento noble que arrastra al sacrificio
De dar la vida en aras de su ferviente amor.

Es el recuerdo dulce de la ventura inmensa
Que al alma sin mancilla la Santa Religión,
Promete en otro mundo, desconocido, eterno,
Que allá tras el espacio domina al mismo sol.

De amor las ponderadas delicias solo duran
Tan solo unos instantes y reina su amargor,
Quizá toda la vida, si viene el desencanto
A marchitar las flores del jóven corazon.

Primero es como el áura suave, halagadora
Que vuela en las florestas con eco gemidor,
Y luego recio viento que anuncia tempestades
Con fuerza prepotente, con desácorde son,

ANTONIO DE S. MARTIN.

SU RECUERDO.

Allí estaba. La verde enredadera
 Daba sombra á su frente.
 La brisa que vagaba en la pradera
 Dejaba dulcemente
 El aroma robado de sus labios,
 En el capullo de la blanca rosa
 O en los cárdenos lirios de la fuente.
 La mirada amorosa
 De sus ojos dulcísimos, velados
 Y entreabiertos apenas,
 Brillaba enamorada, vagorosa,
 En sus pupilas claras y serenas.
 Qué hermosa estaba! Sus flotantes rizos
 Caían en su seno
 Como una lluvia de oro,
 Meciendo blandamente sus hechizos
 Al impulso del céfiro sonoro.
 El arroyo á sus plantas murmuraba.
 La flor que se mecía
 Al soplo de la brisa,
 Tan solo codiciaba
 Un beso, una mirada, una sonrisa.
 El sol en Occidente se ocultaba
 Y en su luz desmayada la envolvía:
 Ella me sonreía... y suspiraba,
 Yo al verla suspiraba... y sonreía!

Ya no está allí. Los ángeles bajaron
 En nubes de colores,
 Y con sus blancas alas cobijaron
 La flor de mis amores.
 El azulado viento
 Las fué elevando luego al firmamento.
 Ella está allí. Mi corazón la adora.
 Y en la noche serena,
 Y al despertar la aurora,
 Y cuando el sol los horizontes llena
 O allá en la tarde con su luz los dora,
 En tempestad ó en calma,
 Es su recuerdo mi ilusión querida,
 La vida de mi vida,
 El alma de mi alma!

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuación.)

Un sublime grito de alegría se escapó del pecho de Herminia; corrió hacia un armario, tomó un cajoncito, sacó con un movimiento febril algunos objetos y volvió donde estaba su hermana. Llevaba en la mano un paquete de papeles y una caja de alhajas.

—Toma!... Teresa; aquí tienes todo lo que yo poseo, diez mil francos y mis joyas: pero M.^{me} Pottewal miró con tristeza los objetos ofrecidos y sacudiendo dolorosamente la cabeza:

—No, mi buena Herminia; murmuró; tú no eres rica; tú tienes hijos y además esto que tú quieres darme tampoco nos puede servir.

Volvió á mirar á su tío con una atención singular como queriendo leer en el fondo de su alma.

Herminia dejó las alhajas sobre la mesa y sentándose al lado de su hermana, la tomó las manos.

—Vamos, querida Teresa, no desesperes así; tú no quedarás sin amigos, sin socorro sobre la tierra. Mi marido es tan generoso!... ¡nosotros te ayudaremos!... ¡te consolaremos!...

—Consolar?... Oh! Dios mio! exclamó M.^{me} Pottewal; no hay ya consuelo para mí en el mundo. Juzga, hermana mia; tú no conoces toda mi desgracia, mi marido estaba medio loco!... sus ideas embrolladas!... oh! y cuán culpable he sido hacia él!... Ha especulado meses enteros, comprando y vendiendo sin inscribir nada en sus libros, y la ley es inexorable; el desgraciado Pottewal será acusado de hacer quiebra fraudulenta, perseguido y arrestado, arresto terrible que le condenará á muchos años de prisión.

Un doble grito de inquietud resonó en la sala.

—Y no es esto solo todavía, continuó Teresa con voz ronca. Yo voy á ser madre y el hijo que Dios me conceda vendrá al mundo con la marca de la miseria y el deshonra sobre su inocente cabeza.

Un torrente de lágrimas corrió de los ojos de la desgraciada mujer; Herminia la estrechó en sus brazos llorando también con el rostro oculto en su pecho.

M.^{me} María, profundamente conmovida por la última revelación de Teresa, se volvió hacia su hermano y juntando las manos exclamó:

—Juan!... Juan!... hagamos alguna cosa por nuestra desgraciada sobrina. Si nos es preciso aventurar alguna parte de nuestra fortuna, el Señor tendrá en cuenta nuestro sacrificio. ¿Bajais la cabeza? lo rehusais? hermano mio ¿podreis permanecer insensible al infortunio inmenso de una madre?...

—Insensible!... dijo Mr. Blondeel limpiándose los ojos, no, María; no soy insensible; pero mi piedad por grande que sea no me ciega tanto. Doscientos mil francos es casi toda nuestra fortuna, y tengo también dos chiquetines y una hermana por cuyo porvenir debo velar. Nosotros somos ya viejos para poder ganar dinero, y yo no puedo

dejaros pobres en nuestros últimos días, para que conozcais la miseria. María; esas inocentes criaturas que duermen detrás de esa puerta, serían privadas de su herencia, y nada podría hacer para su felicidad en lo sucesivo... ¡oh! no, no; hermana mia; no me sentó con fuerzas para tan cruel sacrificio.

—Sed generoso! Juan.

—Pero para ser generoso con los que no nos han amado nunca, debemos arruinar á los que nos han mostrado toda su vida el vivo amor.

Herminia tendió las manos hacia él y dijo con voz suplicante:

—¡Querido tío, tened piedad de la suerte de mi pobre hermana!... No penseis en mis hijos; mi marido es todavía joven y trabajará para todos.

—Y bien!... yo haré alguna cosa!... daré cincuenta mil francos.

—Ah! gracias!... exclamó Herminia; hermana mia!... querida Teresa!... consuélate; el tío Juan da cincuenta mil francos.

—No, hermana mia!... no ensayes consolarme, mi suerte está decidida; dijo M.^{me} Pottewal con dolorosa resignación. Bien lo veo; perdonadme, querido tío, y vos igualmente, mi buena María, perdonadme, si osé venir con la esperanza de un socorro imposible... ¡yo estaba loca!...

—Oh! Dios mio!... gimió Herminia.

—Pero, Teresa, os engaños quizá; exclamó Blondeel; mi intención es acompañaros á casa de vuestro padre y le probaré que no puede excusarse de dar ciento cincuenta mil francos, cuando yo que no soy ni la mitad de rico que él, consiento en un sacrificio tan considerable por salvar el honor de su hija y de su familia.

—Gracias!... respondió Teresa con desaliento; vuestra bondad no puede evitar el golpe que nos amenaza. Si yo admitiese esos cincuenta mil francos, serian devorados sin fruto en el abismo de nuestra ruina. Lo que yo necesito son doscientos mil francos. ¡Mi padre!... ¿vos esperais en mi padre?... Su corazón está forrado de plata y solo el dinero puede abrirle... Esto ha concluido; Dios me ha castigado y lo he merecido. Dejadme llorar y descansar un rato. Dentro de un momento partiré en el tren.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y se abismó en una desesperación inmensa, pareciendo quedar un instante insensible á los esfuerzos que su hermana y M.^{me} María hacían para consolarla y devolverle el ánimo. Al escuchar algunas palabras vagas de Mr. Blondeel, respondió con cierto arrebató febril:

—Pottewal no es culpable; yo soy quien le ha conducido á la desesperación y á la ruina y Dios sabe cuánta parte ha tenido mi padre en esta mala obra; mi pobre marido es una inocente víctima. ¿Os asombra este lenguaje?... Ya no soy la misma; la certidumbre de que voy á ser madre me ha quitado la venda de los ojos y partiré con él á países lejanos, iré donde vaya, para sostenerle, consolarle y si es preciso ganar su pan y el de mi hijo con el trabajo de mis manos; aquí se le calumniará y se le despreciará, atribuyéndole una quiebra fraudulenta, y en su destierro tendrá siempre á su lado quien le defende y le ame con piadoso respeto y con un afecto sin límites. Pero oh!... ¡cielos!... mi hijo!... esta mancha horrible sobre mi hijo!...

Blondeel volvió la cabeza con sorpresa hacia la puerta; le pareció haber oído volver una llave en la cerradura de la puerta de la casa. Las mujeres estaban demasiado abismadas en su pesar y en su compasión para distinguir tan ligero ruido.

Una voz alegre resonó en el vestíbulo; era Ernesto Decock que subía gritando con trasporte:

—Herminia!... mi buena Herminia!... mi proyecto está aceptado. Aquí te traigo ciento veinte mil francos para nuestros hijos; para nuestros queridos hijos.

Y mostrando una cartera repleta de billetes de banco, se precipitó en el aposento, dirigiéndose hacia su mujer, para poner en su mano el tesoro ganado con tanto trabajo. A la vista de las lágrimas que corrían por las mejillas de Herminia sintió un temblor súbito y deteniéndose en medio de la sala la interrogó con una mirada llena de ansiedad y de inquietud.

—Oh! gracias, Dios mio!... ved aquí á mi Ernesto; él será el salvador de mi hermana!... Y saltando al cuello de su marido le dijo con volubilidad:

—Ernesto, amigo mio, escucha y sé generoso: Pottewal ha perdido toda su fortuna, sus libros están en desorden, y creyendo que hace quiebra fraudulenta, le perseguirán y le echarán á presidio. Doscientos mil francos pueden salvarle; mi pobre hermana va á ser madre y su hijo será deshonrado para siempre... ella morirá... ¡ay! este dinero que me trae con tanta alegría, servirá para devolver la vida á mi hermana y preservar á nuestra familia de una vergüenza eterna. Ernesto, tú me amas tiernamente... y es mi hermana... es una desgraciada madre la que reclama nuestro amparo...

Mr. Decock retrocedió un paso y se llevó la mano á la frente con aire pensativo.

—Bancarrota fraudulenta!... murmuró él; ¡prisionamiento!... deshonra!... Déjame reflexionar.

Cada uno le miró temblando y con el corazón palpitante. Blondeel que se le habia ido aproximando parecia presto á detenerle por la mano.

—El nombre de mi Herminia deshonrado!... exclamó de repente Ernesto como si una espantosa luz iluminase su espíritu. Ella tendrá que avergonzarse de su hermana!... Toma, Herminia; es un penoso sacrificio para un padre, pero...

Mr. Blondeel que habia previsto esta resolución tomó la mano de Ernesto y detuvo su acción.

—Cómo! vos que teneis este solo fruto de vuestro trabajo despues de largos años de inquietud, cuando constituye la sola fortuna de vuestros hijos, la dareis? Esto no

puede ser, estoy yo aquí para defender á esos angelitos.

—Mis hijos!... repitió Ernesto con una mirada llena de orgullo; por ellos acepto este sacrificio. Su fortuna decís, ¿qué es la fortuna, cuando el nombre de su madre será deshonrado? No, no; ¡oh! cielos!... apartad esa mancha de la frente de mi Ernesto y de mi Herminia. La fortuna se pierde y se gana, pero el honor perdido, no se recupera jamás. Tengo valor y soy joven, Dios me protegerá. Toma, Herminia, si este dinero puede salvar á tu hermana, sé dichosa; nuestros hijos al menos podrán marchar con la cabeza levantada.

Mientras que Herminia se lanzaba con la cartera en la mano hacia su hermana, Juan Blondeel tomó la mano de Decock y le dijo:

—Ernesto, amigo mio, vos teneis mejor corazón que yo y quiero seguir vuestro ejemplo. El dinero que ofrecéis no es suficiente para salvar el honor de nuestra familia; faltan todavía ochenta mil francos; yo los daré.

—Dios mio!... Dios mio!... es posible?... exclamó Teresa casi loca de felicidad. ¡Mi pobre marido!... mi inocente hijo salvados!... ellos serán salvados!...

La pobre mujer queria saltar al cuello de su tío y tendía ya los brazos hacia él, pero no tuvo fuerzas para levantarse y cayó temblando de emoción sobre su silla.

—Vámonos ahora, dijo Juan Blondeel; el tren va á partir dentro de media hora y apenas tenemos tiempo. En lo que á mí concierne, esta misma tarde veré á mi banquero para tomar el dinero necesario. Ahora á Darlingén.

—Yo voy con vosotros, dijo Herminia; quiero ver á mi buena madre. ¡Cuánto habré sufrido!...

Juan Blondeel corrió á su casa para dejar la bata.

De repente M.^{me} Pottewal se dejó caer de rodillas delante de su hermana y dijo con una voz alterada:

—Herminia, perdon, perdon!... te he hecho sufrir mucho en mi vida, pero tú verás como el reconcomiento y el amor brilla en mi corazón con una santa llama que no se extinguirá jamás. ¡Corazón generoso!... yo te debo la vida y el honor de mi esposo y de mi hijo!... bendita seas! yo rogaré á Dios cada día porque haga dichosos sobre la tierra á los hijos de mi bienhechora.

Blondeel entró en la sala.

—Venid, venid, dijo; el tiempo es precioso; despachaos, amigos míos, si no vamos á llegar tarde.

Herminia echó los brazos al cuello de M.^{me} María y murmuró abrazándola:

—Vos cuidareis de Ernesto y de Herminia como su segunda madre ¿no es verdad?

Y concluyendo estas palabras corrió hacia el vestíbulo detrás de sus compañeros de viaje que habian ya desaparecido en la calle.

VII.

Pottewal estaba sentado en su despacho con la cabeza apoyada en las manos y los ojos fijos en tierra. Su cuerpo estaba inmóvil como su rostro; cual si el pesar y el horror le hubieran petrificado.

Sobre la mesa, al lado de él, se veían libros de comercio y un libro de pequeños caracteres, cuya página abierta llevaba por título: *Capítulo 2.º.—De la bancarrota fraudulenta.*

Hacia mucho tiempo, sin duda, que el infeliz estaba así sumergido en un abismo de sombríos pensamientos, porque su rostro estaba profundamente alterado y sus ojos sin brillo. Una sonrisa maquinal se habia estereotipado sobre sus labios; pero esta expresión era penosa como la última contracción de la boca de un moribundo y acusaba una desesperación sin fin.

Pottewal quedó mas de una hora absorto en la contemplación de su desgracia. Entonces el retintín de la campanilla sonó de repente en su oído. Levantó lentamente la cabeza y volvió los ojos hacia la puerta; pero un suspiro se escapó de su pecho y se torció las manos con un movimiento nervioso cuando vio aparecer á su suegro en la puerta de la sala.

Mr. Romys parecia igualmente muy abatido; estaba pálido, con los ojos encarnados como si hubiera llorado horas enteras.

Estos dos hombres se miraron un instante en silencio. Mr. Romys dijo al fin con plañidero tono y sin cólera aparente:

—Qué horrible desgracia!... pobre familia!... seiscientos mil francos perdidos en un día!... Comprendo vuestra mortal desesperación, Francisco; yo no me explico como vivo todavía.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)

TEATROS.

FAUSTO. DRAMA LIRICO EN 5 ACTOS.

La aparición en nuestra escena de esta célebre ópera del maestro Gounod nos obliga á alterar el orden de los acaecimientos, y á posponer hasta otro día la narración y reflexiones que nos habíamos propuesto emitir relativas á la corrida de toros del día 18, la cual tuvo su prólogo bailable, sin que la musa Tersicore mostrase extrañeza alguna al ver que sus rigodones y sus polkas apareciesen como consecuencia lógica de una exhibición de banderillas, puesto que siendo la fiesta iniciada por una Junta de Damas, nada era mas natural que un baile. Por otra parte, ¿no hay reuniones que se denominan *the dansant*? ¿pues qué inconveniente hay en que á esta se le llame exhibición *dansante*? Para bailar solo se necesita un pretexto

cualquiera, porque con los buenos deseos de la juventud se puede contar siempre.

Pero nada de esto es ahora del caso: por tanto nos ceñiremos á nuestro asunto, que, como llevamos dicho, se reduce á decir algo de la ópera cuyo título va por cabeza de nuestro artículo de hoy.

Fausto, como es sabido, es el protagonista del célebre poema de Goethe que lleva el mismo nombre. De esta producción está sacado el argumento de la ópera. Por aquí, pues, empezaremos.

¿Quién era Fausto? Un viejo doctor que no podía llevar en paciencia el ser viejo. Esto nada tiene de particular. Pero viendo que sus libros y sus elucubraciones no habían alcanzado á remozarlo, llama en su auxilio á Satanás, quien se le aparece en forma de un caballero vestido de encarnado, bajo el pseudónimo de Mefistófeles. Sorpréndese el doctor al encontrarse con semejante visita, y mas con la proposición que le hace de estar á sus órdenes en la tierra, si él se compromete á estar á las suyas en el infierno. Fausto rehusa; pero al mostrarle el diablo en apariencia á la bella Margarita, que hilaba al torno, y al prometerle que se la dará por vía de prólogo á sus aventuras juveniles, el viejo doctor firma el contrato, con lo cual queda en el momento convertido en apuesto galán, con bríos para enamorar, no solo á aquella rubia, sino á todas las demás rubias y pelinegras de Alemania.

Margarita tenía un hermano llamado Valentin, que estaba próximo á partir para la guerra. También tenía un pretendiente, que no se iba á ninguna parte, y que estaba predestinado á que no le sucediera nada, como no fuese á recibir calabazas.

Hay una feria: los estudiantes y los soldados enamoran á las muchachas, rabian de envidia las viejas, como antes rabiaba Fausto, y entre el vino y las canciones aparece Mefistófeles para aguar la fiesta. Pide cantar su copla, y brinda por Margarita; Valentin lo lleva á mal y saca la espada, así como sus compañeros, pero las espadas se rompen, y sospechando que aquel personage no podía ser otro que el diablo, le presentan la cruz; este signo le ahuyenta, pero jura que se vengará.

Terminado este incidente atraviesa la escena Margarita; Fausto se dirige á su encuentro y le ofrece el brazo; ella lo rehusa ruborizada, pero le parece el mancebo har- to mejor que su pretendiente Siebel.

Con estas ideas vuelve Margarita á su casa, junto á cuya puerta hay una pila de agua bendita, en la que ella no pensó mojar el dedo para alejar tentaciones. Siebel llega, y pone en el umbral un ramo de flores; el diablo, que conoce harto mejor el corazón humano, coloca junto al ramo un rico aderezo. Margarita sale; ve las flores, pero se pone el aderezo, con el cual se encuentra muy bella, ratificándose así su vecina Marta. El fruto maduraba visiblemente, y era ocasión oportuna para que llegasen Fausto y Mefistófeles. Este último, para dejar el campo libre á su protegido, enamora á Marta, principiando por anunciarle que su marido ha muerto, lo cual no es obstáculo para que ella se deje enamorar aunque sea del diablo, feo y todo como allí aparece.

La conquista de Margarita no es menos rápida ni ofrece mayores dificultades. Despues de jurarse que se volverían á ver al otro día, ella entra en su casa, se asoma á la ventana, que es baja y sin reja, y exclama: "Vuelve, tesoro mio." El tesoro, que lo oye, corre á la ventana, se abrazan con ternura, y el telon, *mas prudente que el autor* (como decia Figaro) cae lentamente, dejando que cada cual saque allí las consecuencias que le parezcan mas probables.

En el acto siguiente suceden muchas cosas. Valentin ha vuelto de la guerra y se entera de lo ocurrido. Fausto y Mefistófeles llegan á la puerta de Margarita á darle una serenata. Valentin sale, los insulta, se bate con ellos, y es mortalmente herido por Fausto. Acuden gentes, y entre ellas la hermana del que está espirando, y que al morir la maldice. Aterrorizada acude á la iglesia, donde la voz de Mefistófeles le dice que es vana su oración porque está condenada. Ella, al oírlo, huye de aquel sitio.

Acto quinto. Margarita está en la cárcel, y ya se alza el patíbulo en que ha de morir por haber muerto por su propia mano á su hijo. Fausto y Mefistófeles llegan para salvarla. Ella le recibe amorosamente en sus brazos, pero se niega á huir. Se postra, ruega al Señor que le perdone, muere, sube al cielo. Fausto se queda allí viéndola subir, y Mefistófeles cae derribado por la espada del ángel.

Tal es el drama. Goethe declaró que su *Fausto* era una *extravagancia singular*, y que había agradado mucho porque era *oscuro*. Si nosotros decimos lo que él dijo no se nos podrá tachar de parciales. Fausto, en su obra, no es mas que un escéptico y un egoísta. Mefistófeles es un diablo burlesco, alegre, bromista, amigo de pendencias, es en suma un diablo de buen tono, que solo se le conoce que es diablo porque huye de la cruz. Como no se ve en Margarita la lucha entre la virtud y el amor, y como no se da en el drama razón que explique su crimen, resulta que no interesa á nadie. Por otra parte, esto de irse al cielo vestida y calzada, parece como que exigía el que hubiésemos podido ver en ella esos grandes arrepenimientos, esas sublimes expiaciones, que la misericordia divina impone como condicion al que despues de graves faltas quiere llamar á sus eternas recompensas. Es lo mismo que dijimos al hablar por primera vez del *D. Juan Tenorio*.

¿Qué diremos de la música de esta ópera? Solo que no la hemos comprendido todavía lo bastante para apreciarla; cosa que nada tiene de extraño, siendo constante que somos completamente profanos en el arte. Hay en ella demasiada profundidad para que pueda discernir sus bellezas por una sola impresion quien no esté muy avezado

al estudio de la armonía. Esto no ha sido un motivo para que un público, donde hay tantas personas inteligentes, la haya aplaudido, y en especial algunos trozos que hasta ha hecho repetir, con gran placer nuestro.

La ejecución ha sido satisfactoria. La Sra. Marchisio con la maestría que acostumbra, y el Sr. Petit admirable en el papel de Mefistófeles, que es el gran papel del drama, porque exige, no solo un cantante, sino un actor consumado. Las demás partes han coadyuvado poderosamente al éxito de la obra.

Esta producción se ha puesto en escena con toda la brillantez que conlleva nuestro mezquino escenario. La empresa nada ha omitido para presentarla del modo más digno que le era posible.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

INSTITUTO

DE

SEÑORITAS EN CADIZ,

BAJO LA DIRECCION

DE LAS RELIGIOSAS DEL AMOR DE DIOS.

Estas Señoras están consagradas exclusivamente á la educación de las niñas. Llenas de un celo santo, y de amor á la patria, creen que el mejor servicio que pueden prestar al cielo, y al bienestar y prosperidad de los pueblos, es ocuparse noche y día en educar niñas para Dios, para sus padres, y para la sociedad.

Y todo *por el amor de ese mismo Dios*, á quien principalmente sirven.

La educación, pues, que se da en el Instituto llamado del AMOR DE DIOS, es esmeradísima.

Abraza todos los ramos que constituyen una niña perfectamente educada, á saber: los necesarios, los de utilidad y los de adorno. Y aun cuando se dé la preferencia á los primeros, se cultivan los de adorno en términos que no se deja nada que desear. Por ejemplo: las lenguas francesa, inglesa é italiana, se enseñan por profesoras que las dominan bien y las enseñan mejor; de manera, que las niñas educandas que honran sus Colegios puedan hablarlas con perfección, sin necesidad de ir á tierra extranjera, ni de vivir expuestas á perder nuestro hermoso idioma, y los gustos y los sentimientos nacionales, que es una de las mayores desgracias que pudiera aquejar á una Señorita española.

Cada nacion de las que pueblan la tierra cree que sus respectivas hijas pueden muy bien ser educadas en su suelo patrio y por las de su propio país: ¿porqué, nosotros españoles, no habríamos de tener la misma creencia, mucho mas, cuando nada hay que se aventaje á la vivacidad y despejo, y á los instintos nobles y generosos de la mujer española?

Por lo que hace á nosotros hablamos por experiencia, y tenemos la convicción íntima de que los padres de familia encontrarán para sus tiernas hijas en el Instituto dirigido por las Señoras hermanas del AMOR DE DIOS todos los adelantos y ventajas que pudieran ir á buscar á países remotos y extraños, sin los inconvenientes y peligros que suelen traer consigo el alejamiento de la familia y una educación extranjera.

El Instituto de que se trata, ocupa un local elegante, espacioso, ventilado y muy propio del objeto á que se le destina. Es una de las mejores casas de Cádiz.

Las Señoritas que se confían á este Instituto serán tratadas y asistidas con el mayor celo y esmero, procurando su aplicación y adelantos sin otros estímulos que el santo temor de Dios, y el sentimiento vivo y delicado del honor. Uno de los primeros medios de que se vale el Instituto para estimular la aplicación y buen comportamiento de las Señoritas educandas es pasar mensualmente á las familias de las mismas una nota circunstanciada de los adelantos de sus respectivas niñas en las diversas asignaturas que estudian. Jamás se las perderá de vista, ejerciendo sus buenas maestras sobre las niñas una vigilancia maternal y cariñosa.

Harán las siguientes comidas, distribuidas en horas convenientes y de acuerdo con las costumbres del país. Por la mañana: un desayuno que consistirá ordinariamente en un plato de carne ó pescado ó huevo, y además café con leche ó chocolate. A la comida: sopa variada, cocido, un principio y postres. Merendarán todas las tardes; y la cena consistirá en ensalada, un plato de carne ó pescado y postres. Todo será abundante, bien condimentado y servido con delicadeza y aseó.

La enseñanza se dividirá en enseñanza general y de adorno.

La enseñanza general comprende: doctrina cristiana, religion y moral é historia sagrada, lectura, los diferentes caracteres de letras que hay, especialmente la española é inglesa, gramática castellana, historia, geografía, aritmética con el sistema métrico decimal, elementos de cronología y de geometría y de historia natural. Y para las niñas mas adelantadas algunos conocimientos en literatura y mitología.

Esa misma enseñanza general abraza *toda clase de costuras, zurcidos y labores*; así como los ejercicios gimnásticos propios de niñas, que bajo la dirección de una Señorita profesora, y á voluntad de sus respectivos padres ó encargados hagan las mismas; ora para su mayor desarrollo, ó bien como medida higiénica para conservar la salud.

Siempre se respetará el gusto y deseos de los padres para enseñar á sus hijas, con mas ó menos extensión y preferencia, ciertas clases de asignaturas. Y aun cuando en este Instituto se enseñan todos los ramos que abrazan

y completan la educación de la mujer, así los que se refieren al gobierno y buen órden de una familia, como todos aquellos que son necesarios para lucir en la sociedad mas culta; *se preferirán*, como queda dicho, *los que sean mas útiles, y de una aplicación inmediata para arreglar una casa, y economizar gastos en la misma*. A este fin se enseñará también á las niñas toda clase de cortes en telas y lienzos. Y en ocasión oportuna y tomando en cuenta sus respectivas edades, se las enseñará prácticamente en el guarda-ropa, cocina y demás oficinas del Colegio el gobierno y manejo de una casa.

El costo de cada pension es de cuatro mil reales anuales, satisfechos por trimestres adelantados. Es además de cuenta de la señorita el lavado, planchado, libros y materiales de las labores.

Por cada clase de adorno: canto, piano, inglés, francés, italiano y dibujo, se satisfacen treinta reales mensuales.

Se admiten colegialas medio pensionistas, siendo el precio de tres mil reales, pagados en las mismas condiciones arriba mencionadas.

Por la educación de las alumnas externas en todos los ramos que abraza la enseñanza general, se abonarán setenta rvn. mensuales. En el anuncio se designan las horas de entrada y salida en el establecimiento.

Se abre una clase de párvulas de dos á seis años; el estipendio que han de abonar por toda enseñanza es de cincuenta rvn. mensuales, no siendo pensionistas ni medio pensionistas, en cuyo caso será aquel de tres mil quinientos y dos mil quinientos reales anuales.

Por último, se establece una clase gratuita para las pobres, que tendrá lugar los domingos y días festivos.

Las personas que deseen cuantos informes les sean necesarios, pueden dirigirse á la R. M. Superiora del Instituto de dos á seis de la tarde, calle de Isabel la Católica número 3.

Explicacion del figurin iluminad.

TRAGE DE DEBAJO DE TAFETAN VIOLETA, plegado hasta una altura de 35 centímetros poco mas ó menos; corpiño montante igual á este trage. Trage de encima de tafetan crudo, festoneado con seda violeta; el paño de delante festoneado tambien por ambos lados de arriba abajo y excede un poco del trage, formando una tira cuadrada; iguales tiras forman faltriqueras. Paletot ajustado igual al trage, entreabierto en el escote y cruzado; cinturón igual, atado por detrás, terminado por dos bandas cuadradas. Gorra de paja color castaño, guarnecida con follages del mismo color.

TRAGE DE PELO DE CABRA GRIS CHINÉ. El borde es dentado y va orlado con un ruló de tafetan verde; botones gruesos por delante desde el cuello hasta los piés; estos botones van forrados de tafetan verde; seis rulós de tafetan verde, fijados en la costura del hombro, guarnecen por ambos lados el corpiño y se estienden hasta la parte inferior del trage redondeándose; terminan en una gran rosácea de la misma tela que el trage, las hojas de la rosácea se orlan con un ruló de tafetan verde. La misma guarnición en el borde inferior de las mangas. Cinturón verde, con rosácea de igual color.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 100.

Blancas.

Negras.

1.ª P. 4.ª C.R.ª

T. 4.ª A.R.ª jaque.

2.ª P. toma T.

T. 7.ª T.R.ª

3.ª P. 6.ª A.R.ª

A. 2.ª A.R.ª

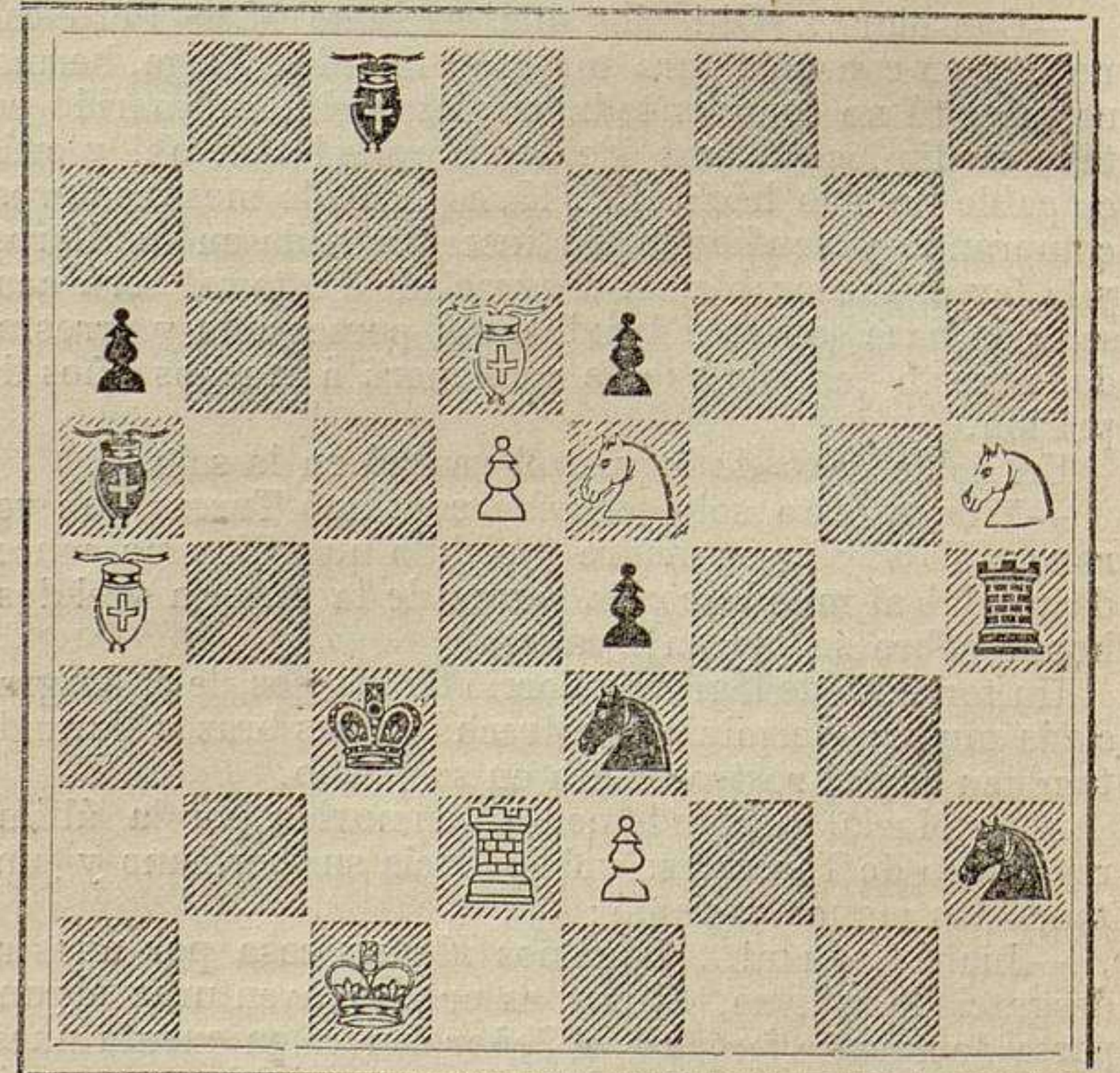
4.ª P. toma P.

Cualquiera.

5.ª P. toma C. jaque-mate.

PROBLEMA N.º 101, COMPUESTO POR M. H. STAVENUTER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba n. 1.